

LA EPISTAXIS DEL RUMBO

0
Al mundo le sangra la nariz



Xofía Laurel Parlabioma



PROSERPEXA
Buenos Aires

Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visite: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es>.

2021



*A Jana, que siempre estuvo,
a Roni, en quien confié desde el vamos,
a Mora, que mora en mi corazón,
a Teo y a Huesos, los más locos,
y a Mili, que en paz descanse.*

Paulo maiora canamus.

VIRGILIO

Can I hide there too?

Hide in the air of him

Seek solace

Sanctuary

BJÖRK

Índice:

INTROITO.....	5
SIEMPRE CONSCIENTES DE NUESTRAS LIMITACIONES.....	9
BYE-BYE.....	26
LO QUE NO ME DEJA DORMIR.....	30
NOEMA.....	42
HIPNAGOGIA.....	54
CÓMO TEMBLAR.....	62
φιλανθρωπία.....	72
CORRUPCIÓN Y RETORNO A LA BONDAD.....	86
<i>i'</i>	92
<i>Epílogo</i>	101

INTROITO

I

«¿Quién se está riendo de nosotros?», pensaba mientras posaba el ojo en los aerolitos («de Córdoba»). Todas las noches era común que nos sentáramos afuera a beber y fumar mirando el cielo. Mi cuello decía «basta».

II

La verdad está ahí afuera. Entre la estrella más brillante y el halo desgastado del astro de al lado. La oscuridad total: lo visible de lo invisible. El ni/ni y lo indecible.

III

—Una criatura condenada a sufrir. Esto es demasiado para cualquiera. La convalecencia abstrusa no tiene antídotos, tan solo grados. Aunque termina con la muerte, me advierten. Balbuceos de labios malogrados, buceando...

—Hay algo imaginario en el tamaño háptico de lo que hay. ¿Por qué el universo decide investigarse a sí mismo? Fagocitarse espectralmente, vomitando para adentro. Encaminado a moverse sin frenos entre lo implacable. La inconclusión es coro capital de este ensayo polisémico. Soy un animal que percibe más de lo que puede compendiar; un incendio calmo que adivina su cabal incompreensión cada vez que al mirar en derredor no descubre ni madera ni oxígeno ni voz que esclarezca el impacto. Me he clavado la espina de la consciencia; cuasi-exijo una aclaración, ¿cuándo decidimos emprender esta errancia ilusoria del «yo»?

—El espacio que nos divide a nosotros, existentes fracciones empaçadas de números enteros, forma un laberinto donde el reposo y la mismi-

dad apodíctica sólo perviven en el viciado aire sintáctico de la unisemia. Estamos hechos de residuos por siempre residuales. Un desastre bello.

—Yo me pregunto por qué tengo que justificar mis pensamientos. Detrás no hay más nada. No me preocupan las raíces cuando sólo veo frutos vegetando en rizomas exhumados bajo tierra. Generación espontánea desvelándose bajo un claro de luna intermitente. Una grosera óptica taxativa del temblor más frágil y abrupto. Qué indecencia. Qué elocuencia. Me voy a descansar. Espero no volver a soñar con esqueletos.

IV

Ay. Qué será de mi argentina.
Tuve un sueño en que moría
la matria mía.
Estaba el dictador
en su máximo esplendor.

*

Ángeles caídos y demonios elevados a tronos
ha sido magna ley de los que huelen a oro.

*

El lenguaje cual extremidad; mano que busca y consigue. Cuando aparece despojado de su carácter instrumental es como el cuerpo que danza.

*

Over-thinking of life,
«in my head»¹.

Y muchos medios para un fin.
Por eso discutimos

1 «Sobre-pensar la vida, / “en mi cabeza”».

las políticas.

V

—Una pintura con los matices del habla. Las frases plásticas (pláticas). El azar inconjurable. Matriarcas sin madres (causas incausadas). Se enuncia y se hace. ¿Qué es esta carroza de la indigestión emotiva? Los caballos esclavizados, mal-tratados. Querría revisar los poemas que escribí en la niñez (y triturarlos, y reciclarlos). Por momentos no aprecio el sabor del arado enclavado en la homicida posada unitaria de la fijación mensa. ¿Adónde vamos cuando vamos a algún lado? ¿Adónde vamos siempre?

—La aporía (falta de «caminos») y la inconclusividad (falta de «destinos») parecerían no ser lo mismo.

—Ahora cayendo sin ir a misa o al Tajo. Irrumpo, partiendo. Recapitulando parlo. Mi cerebro bosteza y no hay mucho allí. Es un médano de expectativas mi franqueza. Un átomo de certezas mi cabeza. Se ahoga el mismo aire que me ayuda a reincidir. Cada quien transportando su(s) peso(s) por la cuerda floja. A menudo pinto agallas en mis brazos. La marea les quita el brillo y al fin sucumben. Sigo flotando, aguado (ahorcado).

—Vertebrando.

*

*The state of the years
grabs me from behind.
And now, what leads me there...*

*Death.
And before,
all².*

2 «El estado de los años / me agarra desde atrás. / Y ahora, lo que me lleva allí... / La muerte. / Y antes, / todo».

**SIEMPRE CONSCIENTES
DE NUESTRAS LIMITACIONES**

I

—La canción «Dirty Blvd.» de Lou Reed habla un poco de eso. «/*wanna fly away* »³. Sí, yo también. Tu experiencia desiderativa se acopla a la mía con facilidad. Y las ostentosas paráfrasis de las cosas simples. Las simplificaciones de las complejas. Esto sí, esto no. Es todo lo mismo. Indecible el mundo de sí. Dónde está. Nadie sabe nada. Dejen de hacerse los sabiondos, políticos corruptos; ya les vamos a cortar la yugular.

*

Hay una bomba que quiere explotar en su pecho. No tiene intenciones de matarla. Una implosión. No sabe. Ya se cansó de estar todo el tiempo pensando en qué hacer, qué escribir. Hace muchas cosas. Pero hay cosas que quiere hacer sin tener que hacerlas. Y eso realmente le genera un problema bárbaro. Quizás debería empezar a cambiar sus tácticas y encontrar un mejor modo de lidiar con la situación. Sin embargo, eso no implica un problema distinto. Aquel mejor modo que se busca no difiere del que se busca en todo momento. Ella estudia en la Academia; en ese zoológico de perspectivas talladas siente que también es capaz de concebir su propia escultura. Se pregunta todo el tiempo dónde están los motivos y las pistas de tan monstruosa necesidad. Por suerte a veces recuerda que hay concepciones tramposas que se incrustan como sablistas en las mazmorras del propio edificio andante, circulante por corredores escritos sin escrúpulos, pintados con trazos iracundos que escupen fuego, agua y éter soporífero. Las superficies rocosas de su propia geografía son como las del gran escenario de hábitats que la ocupan mientras se anidan a sí mismos y al conjunto habitable no vivido a la par de la propia vivencia, según algunas corrientes de ideas acuosas, apelmazadas en los libros que hay detrás de la pupila y por delante de ella. Su tormentoso caudal de voltios cruzados

3 Lou Reed, «Dirty Blvd.». *New York*, Sire Records, 1989. «*Quiero volar lejos*».

pronto termina confundiéndose con los chubascos que mojan la ciudad divisada dentro y fuera de las fronteras. De a ratos se percibe inepta. La insuficiencia se le viene a la mente cuando recuerda que se representa en su fugaz diferencia, tal como lo hacen sus colindantes, amigos de toda la vida o personas desconocidas, escondidas en calabozos visitables o atópicos. Tangibles o intangibles. Se pregunta cuánto de todo esto debe dar por cierto. «¿No es que es todo lo mismo? El nulo yo no es el último de la serie. Son succionadas todas las cosas hacia un punto infinitamente pequeño donde la verdad, el pavor y la mentira se dan besos franceses; desanudan sus lenguas ásperas y cansadas de aquel torrente que aniquila y no pide disculpas, porque ya se entiende que el perdón es un espejismo y que la falta de neutralidad es absurda...».

—Hola. Mi cuerpo es un mensaje en sí mismo. Yo soy un mensaje en sí mismo también. ¿No ves que me estoy muriendo?

Miró para el costado, de donde venía el sonido de esa voz ronca, que iría por el sexto cigarrillo del día. Una niña de 9 años, pensó. No tenía idea de su edad. Pero su cuerpo era un mensaje en sí mismo, y le estaba contando una historia. Tal vez no tuviera tiempo de oírla, por apuros temporales. Se dio cuenta de que aquella integrante de la *res biological* era equiparable a ella en cierto grado, y completamente irreductible en otro; luego sostuvo que en esa irreductibilidad también había un punto en común, el de la misma experiencia formal de existencia determinada y consciente, y sobre todo vulnerable, obligada a contactarse. Su aproximación repentina no era producto de esa vaga sed de sociabilidad; había hambre y no era de afecto; o, mejor dicho, no era *sólo* de afecto. A veces se cansaba de intentar dilucidar cualquier evento que la interpelara. En ese momento se sentía plenamente descansada. Así que siguió reflexionando, mientras la miraba, todavía sin desvelar su voz, aunque respondiendo en silencio.

Como una difusa lámina cubriendo la cadena de atisbos impalpables, se presentaba el hecho rotundo de que ella también estaba siendo leída. Un libro resquebrajado, prestado y devuelto luego de temporadas lluviosas, estivales. Se dio cuenta de que tapas no habían. Por más que capítulos inaccesibles no tuvieran letras, había otros enteramente avistados por la niña y por los demás peatones. Aquella fumadora pueril se había detenido a oler el presente más vivo de su relato. Había elegido del catálogo. Gabriela también la había elegido a ella. La historia ya había empezado; sólo llegó a esperar una parte singular del nudo más atroz. Se veía a ella misma dentro de las páginas externas que contemplaba. También aparecía en los créditos, en la sección de autoría.

—Ya sé, te vas a ir.

Le dio el sándwich que estaba comiendo y siguió su camino, maldiciendo sus falencias ontológicas

II

Eran las 9. Una mañana parida por la Idea de Preciosidad, de esas que urge guardarse en alguno de los bolsillos para luego desenvainar cual as bajo la manga en momentos tensos, donde quizás (¡quizás!) un rayo lumínico potente y el olor a cielo despejado podrían marchitar los humos de la rabia. La que está acá y allá, pensaba, mientras se tocaba el pecho... y luego el aire, donde habitan los otros, que la observan de lejos. Aunque se aproximen y estén muy cerca, nunca no es lejos («it's never not far»). Pronto decidió que, como era sábado, haría algo que la relajara. Tal vez ver a alguien. Alguna persona amiga o compañera. De esas que están más cerca en la lejanía. De esas a las que a veces se quiere más cerca de lo que es posible. Qué novedad, queriendo siempre un poquito más. Qué gracia le causa a veces lo más tonto. Lo singular es con frecuencia un torbellino ins-

tantáneo que perfora sin conmocionar necesariamente al cuerpo. «...Incluso lo universal es singular. Es decir... ¿lo singular también es universal, entendiendo universal como almacén virtual total?».

—Soy lo más decadente que hay. Me quiero hacer la radical, pero soy una cristiana asquerosa. Tomista contemporánea. Mera comentarista. Contemplativamente cobarde.

—Creo que lo que decís habla mal de tu perspectiva multiétnica. Roza lo totalitario. Mussolini y Stalin encarnados por unos segundos en tu ira del momento. ¿No tenés esa mañana en el bolsillo? Fijate. No te enrosques.

—Es que me trauma no poder decir lo que no se puede decir. Quedo boba y me pongo parlanchina. Intento vociferar sin escrúpulos lo que sí puedo decir, pero no encuentro nada y entonces divago y que sea lo que sea.

—Como que querés dejar de existir me parece.

—No, en realidad me encantaría que todos existiéramos de otra manera. Aunque ésta está bastante bien también. Pero no tanto. En serio.

—Sí, ya sé.

—Es muy tarde ya. Mejor dormir.

*

—¿Qué tiene que hacer? ¿Tiene que hacer algo realmente? Hace. Pero, ¿qué más? ¿Por qué el por qué? ¿Por qué no?

—¿Qué? Chau.

*

Siempre cae en la cuenta de que el mundo la sigue a todas partes. Está en sus células. En su frente transpirada. Todo lo que ve la ve a ella también. O la siente. O la recibe y no la deja salir. Depredadores hay en la mayoría de las fechas que se subdividen.

—Las constelaciones allá y yo acá pero aun así también allí con aquellas. ¿Me oyen? ¿Me escuchan? ¿Me sienten? ¿Qué son ustedes? La pregunta más tradicional no logra de mí desprenderse. Se vislumbran caminos en la selva negra. Gracias a la obscuridad por demarcar la luz haciéndola deseable.

—Todo está en mi cabeza. Acabo de sentir la insatisfacción de esa estudiante en mi clase de Meta-mímica. Me hice un recorte de ella sentada, moviendo un poco su cuerpo, la lapicera en la mano. La veo intentando entender. Como todos. Cuando salí de esa clase yo también me sentí insatisfecha. El curso va de eso. Autores intempestivos despertando del ensueño del sistema perfecto. Totalidad; y restancia; hay *algo*, desde el inicio, impidiendo la totalización. Las grietas y fisuras, los intersticios en donde el vacío repele a la *res*. El universo resquebrajado ante mis pies, también deshechos. Caos de centros catalizadores y circunferencias ausentes. Un halo de incertidumbre perversa. Insignificancia en su pleno resplandor oscuro. La nada misma.

—No te olvides de que en el abismo no hay fondo. Si seguís cayendo sin poder frenar, aprendé a descansar en el aire.

—¿Podemos flotar? ¿Volar unos kilómetros más arriba?

—¿Estás asustada? ¿Desbordada?

—Un poco.

—Está todo bien. Todo está en tu cabeza.



III

Vive ahí. En su cabeza. En ella. Siempre supo que ser una ama de casa no era lo suyo.

—Hay algo grande pasando.

—Lo de siempre.

—Pero entre nosotros digo.

—Ya sabemos que nos gustamos, ¿de qué hablás?

—De lo que está pasando entre nosotros los seres humanos.

—¡Ah! Lo de siempre también, ¿no?

—Sí.

Es que ella lo está conociendo recién ahora.

Al menos en profundidad lo está conociendo recién ahora.

Le abruma que haya barreras en todas partes. Cuando camina, además de entretenerse con la rebuscada arquitectura porteña, también nota lo laberíntico de la urbe, esa que reempezó en Italia y se propagó hasta el Río de la Plata, entre otros sitios, abundantes en el planeta. Los números y las calles le parecen genialidades, modos eficientes de organizarse. Hay tanto de bueno.

Ella y él caminaban hacia el parque más cercano.

La persona con la que más disfrutaba estar por ese entonces la estaba acompañando a un espacio verde, qué amena suerte.

Se habían conocido en el patio de la Academia; le había interesado un seminario sobre los restos arqueológicos de las obras de arte producidas por distintos pueblos originarios, y estaba yendo como oyente. Hacía ya años que vivía en Villa Ortúzar. Era un escultor alemán algo obsesionado con Buenos Aires desde su primer taxi en Ezeiza. Pasaban tersos ratos juntos.

—¿Querés que este fin de semana largo vayamos a la Costa Atlántica Boreal? Conozco a unas personas de Argentina del Sur, están viviendo ahí hace unos meses, aprendiendo la lengua, mirando mucho al mar de frente, escuchándolo todo el tiempo —pronunció recalculando un español esmerado.

—¡Sí!

*

No puede parar de pensar en la síntesis implicada en el concepto de lo incondicionado absoluto... «como un mecanismo para el neurotípico del Occidente plato-cristiano». ¿Cómo no hundirse en el temblor supremo?

— ¿Con el fundamento supremo?

— Claro. No más terror por favor.

— Más música por favor.

—Más arte. Y filosofía y ciencia. Y... no sé. Performances preparadas por activistas adeptos al post-porno *queer*, como la que hubo en la Academia de la Costa Atlántica Meridional, mi escuela, la flor en el pantano, y no hablo del paisaje urbano; aunque sí, qué sé yo, soy poco exquisita cuando se trata de arquitectura; me declaro pan-esteta. También hay que hablar de la paz perpetua imposible y de la ilegalización de la guerra. Un status ilegal, sin duda, no nos garantizaría nada. Un formalismo que usamos nomás. La que puede, puede. Y la que no... y bueno, que mire. Por televisión, el reality de la realidad. Un miedo. Esta realidad da un miedo. No sé, ¿vos qué pensás, Gabriela?

—Lo mismo.

*

—...supongamos que me entusiasma tu sesgo budista. «Oh, la conciencia y el ego pensante y deseante, qué terrible. Háganme dejar de sufrir... que padezco tanto infortunio». La tragedia (no antrópica, sino más

bien... prehistórica) es más animal que otra cosa. O galáctica. ¿O humana...? No sé, vegetal seguro que no. Bacterial tampoco. Pero... ¡qué cosa!, ahora me hacés dudar. Somos nosotros los de los juicios de valores que inventaron esa palabra. Me parece que la tragedia humana es el lenguaje, es decir el pensamiento. Con todo, volvemos a lo mismo. Aclarando términos, ubicando al pensamiento en las notas constitutivas de la consciencia de nuestra especie, ¿por qué suponer que no hay otro tipo de consciencia? Otros tipos, mejor dicho. La única realmente conocida por cada ser consciente es la suya propia, la verdadera cárcel. El establecimiento de control más enorme que ha visto la historia de las instituciones. El punto panóptico está en todos lados. El mundo entero en un pequeño pedazo de mundo, observándose a sí mismo. Tres dominios vivarachos: *Eukarya*, *Bacteria*, *Archaea*. Partes que contienen a todas las partes... Es tarde, tengo que dormir.

*

La costa no tiene ojos, al menos que ella sepa. Quizás yacen ocultos en los granos de arena, pero eso no interesa; son invisibles para ella. Y (obviamente), no obstante están.

—¿Qué me importa si son ojos o una arteria desangrada? Hay algo acá. El eco de mi voz. Ventiscas que de a ratos me raspan la piel. ¿No entendés que todavía no empezamos a pensar?

—¿Me estás hablando en serio? La mayor parte de lo que hablás en tu día a día tiene una historia tan larga como la idea de longitud y el período de esclarecimiento científico que inauguró aquel genio francés, no sé si benigno o maligno, pero amante de las matemáticas y el método. ¿No te dedicás a eso vos? ¿No estudiás algo así como la historia del pensamiento? Me asombra que me digas esto.

—Es que... no sé. No entiendo. Sé que las preguntas que me hago no son nuevas. Y aun así, es como si en mí fuesen... neonatas, por usar palabra bonita de autodefinido viejo.

—Porque estás viva y sos joven. Y comés todo lo que querés, y estudiás todo lo que querés. Es eso.

—¡Oh, es eso! ¡Dejemos ya de hablar de esto! Hemos encontrado la anhelada respuesta... No. Justamente de eso hablo. No empezamos a pensar en serio. O tal vez no hayamos terminado de pensar, y jamás lo hagamos, mientras nos percibamos tal cual lo hacemos. ¿Hay otros planos? Donde no se piense o donde se piense todo de una sola vez.

—Estás abrumada. ¿Querés té? De tilo (orgánico, de la huerta).

—Por favor y gracias.

—Te siento así todo el tiempo. Nunca podés parar de hablar de tus problemas lidiando con problemas de problemas. Te alejás un montón, te querés ir de acá. Querés arrancarte la mente del sexo. Un rato está bien. ¿Cada instante? Lo dudo.

—Pero... en serio... ¿vos no escuchaste hablar de otro plano? En serio, decime.

—Sí, en mitos religiosos solamente. Esas cosas son como los faunos y como Dios. No sé, por ejemplo... antes a los niños occidentales les hacían creer que un hombre de barba blanca les traía regalos en esa fecha... ¿cómo es?... «la Navidad».

—Sí, Papá Noel o Santa Claus.

—Exacto. Los reyes magos, Zeus, el monstruo del Lago Ness. ¿De verdad creés que puede existir otro plano? ¿Vos no solías leer los libros de ese autor alemán? El que se fue a vivir con un hombre y una mujer mucho antes de que el género se convirtiera en un opcional apodo tácito. Al que a

veces se lo suele asociar injustamente con el fanático del lácteo dérmico, exterminador de judíos y vegetariano (paradojas, si las hay).

—Sí. Y estaría tan decepcionado. Aunque también, según él, eso me debería importar muy poco. Y no olvidemos que el agnosticismo siempre ha sido la opción más prudente... Yo comprendo, no soy tonta. Me noto asustada de eso otro que es todo lo que me compone interna y externamente. ¿Cómo no? Estoy levitando en una sucesión de imágenes que sólo yo ojeo. Siento el color y el tacto de la tierra que me sostiene. Lo descolorido tiene un ruido que se escucha en mi cabeza, donde concibo viendo sin ver realmente. Cuando anochece ya no hay luz pero sigo hirviendo. La saturación está en todos lados (donde no hay pigmento). Me doy cuenta de que no estoy eligiendo los pensamientos. Sacártelo todo del pecho es más lento. Vivir da vértigo, y nunca para. Parece mentira la muerte (propia) (a veces). La gente, oculta dentro nuestro. El ego que distorsiona. Mientras más me acerco menos lo entiendo (muy cerca, muy cerca). Lo ajeno nos mata un poco. Y cada segundo que pasa es uno nuevo, y yo persisto, me encuentro todavía en este estado reinante que apenas se disipa en mis sueños. La otredad soy yo, y vos estás en mí. Y sos otra para vos misma, y me ves dentro tuyo, sin poder bajar el volumen del sonido que se escapa de mis nervios. Decime, ¿cómo hago para descansar? ¿Existe un spa multiversal que pueda sacarme de este enredo?

—La apoteosis final.

Risas.

*

Despertó cuasi abruptamente, y por unos segundos recordaría el sueño completo, como si lo hubiese soñado todo en ese instante. En el lento abrir de ojos que vuelven a acostumbrarse a las vicisitudes de su vigilia congénere, concretamente situada en una sucesión meticulosa. Más tarde

emergieron otras partes de otro sueño. Subía verticalmente una escalera hasta lo alto del medio cielo, usando con esfuerzo sus brazos y piernas, ya muy cerca del descanso. Ella y dos personas muy conocidas. No supo por qué. Y miró hacia abajo y vio el cemento esperándola para hacerle doler. Y aunque no estaba cayendo, sino más bien subiendo, sintió algo menos doloroso que ese posible dolor, pero lo suficientemente atroz como para asustarla. Sus extremidades estaban perdiendo la capacidad de sostenerla. Era tal el terror que por un momento se sintió incapaz de continuar, y no pensó; únicamente presenciaba la espeluznante distensión de sus músculos. Y el hormigón ahí abajo: caer y morir. Consiguió seguir moviéndose y llegó con cuidado a destino, donde la esperaba un ascensor para hacerla llegar al nivel del mar. Una forma menos fatal de encontrarse con ese piso antes amenazante, y que ahora la recibía con serenidad. Perdió un objeto preciado, quizás en la cima, mientras intentaba lidiar con los altibajos de su instintiva sobrevivencia.

—Soñé que estaba en el futuro o algo así. ¿Siglo XXII? No lo sé, pero me parece que había menos problemas en el mundo. O quizás los mismos, pero a menor escala. Como si por fin las cosas estuvieran encaminándose hacia una seria revolución socioeconómica, o sociopolítica, o politicoeconómica (como sea, no retuve), sin interrupciones preocupantes o golpes de derecha.

—...eso ...un instinto social. Somos vivientes que reaccionan sin más...

—¿De qué querés hablar? Yo ya no sé qué pensar. Dame algo. Poné algo en mí que no conozca, que no comprenda.

—De repente sos todas las cosas aunque dejes de ser vos por un momento. El piélago que se halla ante tus ojos se vuelve un morboso enre-

vesado, admirándose a través del área vacía que lo invita a suplantar el flujo ordinario de significancias adheridas como sanguijuelas.

—Muy místico... Muy... «vínculo directo con la... creatividad», lo que se suele llamar «divinidad». Es que... todo está creándose continuamente. La creatividad creando (¿eh?) tiernamente en la más incorruptible corruptibilidad. No hay forma de releer lo sido sin sesgos (lo cambian mientras van leyéndolo; entre huellas de huellas van reescribiéndolo vía citas tal vez apócrifas). El imperfectible pluriverso inexplicándose significativamente. Y todo lo que funciona ya está roto.

—No necesitamos más que dialogar para hacer historia. Mientras se trata de entenderla o explicarla, se la está llevando a cabo.

—¿Es esto una obra de teatro inacabable y sin descansos o cambios de vestuario? («*Ain't no cigarette break, dog ?*»; ¿ni *un* receso tabaquista, diosito?). Muero, sí. Pero mientras tanto esto es infinito en un tiempo mío y de todos que se encierra. No hay en verdad algo separado de lo otro. La savia gestual es una rueda de pregnancy. En las mismas cosas están todas las otras conviviendo.

IV

—¿Es mi obra la descripción más torpe? No es que falta conflicto, es que lidia con el conflicto más irresoluble. Tan sólo logra contornear algún retrato pusilánime de lo multifacético.

—Este siglo, mujer, nos tiene a todas ocupadísimas; en grandísimos apuros.

—Me pregunto si, aun carentes las cosas de gigantes displaceres, serían preguntables las preguntas. ¿Tengo que ver la muerte, o el augurio de su aledaña chance, de frente para, así, matarme a golpes conceptuales? ¿Cuál es la labor que me compete a mí como pensadora escriba? ¿Es que

existe tal labor? ¿Quién me ha asignado este cargo? ¿Debo re-producir o des-producir? ¿Desear que caiga un meteorito en el Pentágono (durante un feriado, por supuesto)? ¿Destruir los gérmenes de antipatía oscurantista? El capitolio viralmente vil vira en toda sangre local. No debería, sin embargo, cargarme el mundo a mis espaldas. Mi amiga Patricia me lo recuerda a menudo. Con no ser una bazofia basta; ya bastante con «*estar*», ¿no? Superabundancia de insignes y monedas desmantelando nuestras imaginaciones. Los que más atacan al *cistema* son los que menos provecho sacan de él. Y la selección artificial es el salario (minimizable). Hay tal cosa como una lucha de clases sólo porque la lucha instaure clases, y la lucha luce ineliminable.

—Sí. A veces también obviamos problemas más íntimos y profundos, relacionados con nuestro carácter, con nuestras penas terribles, y en vez de dedicarnos a estudiar suspicazmente esta aureola interior, ponemos la mayor parte de las energías en analizar la juntura histórica que nos convoca.

—Entiendo lo que me decís, aunque intuyo que nuestro carácter y nuestras penas terribles deambulan por las narrativas acaecientes; la sazón-mundana-en-general está atada al entorno próximo, íntimo, diario, con las sogas de la historia de las palabras y de los movimientos. Mis agobios son más o menos parecidos a los que han tenido todos siempre. Entonces, colateralmente estaría analizándome a mí al analizar el ancho pleamar existido quién sabe cómo; ¿exactamente de qué manera?; no me olvido del problemático y patético «por qué». ¿Me existes tú? ¿Yo? ¿Qué existe en mí ahora? ¿Qué me mantiene? ¿Me espía?

—Una vez estaba meditando en mi dormitorio y la voz que escuchaba me invitaba a desprenderme tanto como pudiese, en cada exhalación, de mis preocupaciones y molestias continuas. En un momento me sentí

completamente despojada de fastidios, casi despojada de nombre, de clan. Y, no bromeo, sentí como si fuese una de esas almas descriptas en los mitos escatológicos de Aristocles; completamente vacía antes de acceder al terreno, en donde le es entregado el planeta que deberá llevar consigo en su marcha imperfecta; marcha estupefaciente, ¡liosa, trastornada!

—A ver, acérquense. Vamos a escribir un libro poético con nuestros versos, diálogos y prosas preciosísimamente sublimes. Una antología (deveniría antólogo, pero, ¿cómo ser antólogo de melodías?). No se hagan las sonsas, ustedes. Y los de por allá, apaguen esos encendedores. Nadie va a quemar sus vergonzosos escritos a menos que yo lo ordene. Ahora bien, antes de la incómoda y segregacionista selección y de la aún más perturbadora ignición de sandeces, empiecen a pensar nombres para el título. Y por favor, asegúrense de que no suenen como enlatadas tesis heterodoxas de estudiante humanístico desbaratado.

—«Todos los (s)ismos acogotando al beato cerebelo».

—¡¡¡¿¿¿«La homeostasis volcánica de la biodiversidad hidrodendiente»???!!!

—«La epistaxis del rumbo», «La epistaxis del mundo» (la panacea estallada, el desasimiento, el archipiélago... la falta de fisonomías que no sean máscaras torpemente labradas; cuando el mundo se torna “ex mundo”). ¡Digo... la epistaxis de Edmundo! Amigo, hermano, menos mal que no te sangra el ano, tan sólo el naso. ¿Cuál es el diagnóstico de las somatizaciones?

—Recién me entero que mi *fiancé* deberá empezar a ingerir antirretrovirales. En cuanto a mí, ni idea.

—Al menos por ahora no te quites el sombrero. Vayamos al recreo.



BYE-BYE

—Ya no entiendo si estoy viva o muerta. ¿Acaso morí hace tiempo y aun así sigo morando en una especie de purgatorio llamado adultez? Me pregunto cuál habrá de ser la próxima viudedad que visite mi fluencia. Ahora mismo me siento vieja, y sobre todo destinada a envejecer todavía más, hasta ya no poder seguir envejeciendo. Confío en que el trayecto será agradable y provisto de experiencias reveladoras y excitantes. Sé que jamás estará vacío de conflictos y barbaridades. Al menos no en esta tierra fértil y cansada.

—¿Por qué seguir viviendo? ¿Qué me ata a esta finca inteligible sólo en parte y no sin ayudas? Además de mis funcionales arterias, ¿qué otras clases de artilugios me sostienen sobre este limbo casi inacabable? Fluido imberbe que me oculta la índole de sus antecedentes y de sus resoluciones quizás finales. Ahora mismo no quiero ni irme ni quedarme.

—¿Green que en el siglo XXI ya no sentimos exaltación romántica por los árboles y los paisajes «desolados» o «vírgenes»? ¿Green que la vida ha dejado de ser intensa e inquietante a cada paso? La causa de todos mis hallazgos y de todos mis llantos. El desafío más grande. Una prueba larguísima; nadie está exento, no hay falsos certificados médicos de por medio. En el 2018 parecen no haber reales chances de enmendar algo que es ya irreversible. Cavadoras de nuestras propias tumbas, nosotras, las civilizaciones refinadas. Ya muy cerca, muy muy cerca de la nada. Qué gran viaje éste. Llegar al fin del mundo, no seas dundo. Saber que todas las producciones artísticas o académicas de la época vendrán a ser los últimos granos de arena en el gran montículo de la historia canónica. Escribir para el presente y sólo para el presente. Morir con las obras y con quienes queden. Anular la posteridad. Descansar sobre la más absoluta imposibilidad de toda pro-pulsión (pro-yección). Músicas, páginas y lienzos anunciando el sepultamiento del futuro, su velatorio. Esperanto de espanto. Los anales

coronados por espinas de calor mortífero e inundaciones pedregosas. Más animales muertos que vivos. Y el desvanecimiento conclusivo. Silencio resonando en un apacible discurrir de minerales y formaciones fluviales desconciadas. ¿Quién se ocupará del obituario terrestre?

*

—No entiendo si gozamos de un privilegio por formar parte de esta despedida a todo lo micro y a todo lo macro. Nos ganamos nuestra propia extinción en el sorteo de la providencia lógica. Las leyes naturales que mucho se esfuerza por remarcar constantemente la comunidad científica están hablándonos tanto como las situaciones singulares que nos hacen llegar nuestros sentidos y pasiones, en fin, nuestra conexión con lo que admite con nosotros algún nexo. La situación general se resume en una dulce espera mediada por altibajos muchas veces retumbantes. Y como acostada en el fango yace la cotidianidad de los particulares, en los mejores casos suave y reconfortante. Siempre a mano para los menos desprotegidos incluso en momentos críticos o de *bellum*. Así se vive pocos años antes de los nuevos '20. Sin embargo, pronto la desesperación catatónica afectará al conjunto indiferenciadamente, sin excepciones. Ya no habrá bohemia ni facciones ocupadas. Ni tan solo un mísero escape insustancial por medio del éxtasis estético. Únicamente un cortés *arrivederci* conmemorativo, sutilmente avistado bajo el gremio de pieles demacradas, retorcidas y atormen-tadas por la inutilidad de sus plegarias feroces. Magnicidio en masa.

— Pero antes... vuelta al filo-sofisma primitivo, distanciado de la rigidez sistémica.

*

—A mi terapeuta le digo todo el tiempo que necesito su ayuda para ser mejor. Le podría decir lo mismo a muchas más personas, pero ella recibe parte de mi salario por escuchar todas esas cosas que tanto me cuesta

verbalizar con soltura. Ay de mí y de la faz de la Tierra en la que ando desde que soy algo. O alguien. Da igual para los francotiradores en Medio Oriente, que si pueden te vuelan los dientes. Aviones con plan dental y humanos librados al azar. Demasiada frivolidad. Ya ves, soy un charlatán.

—Me encanta. Yo también. Revoquemos la antinómica homología monárquica.

—Y muy fríos estos días. Se habla del invierno más invernal en quinquenios. El dólar por las nubes: nuestra divisa la más devaluada del mundo en lo que va del año. Mi amiga estadounidense, Natalie, me contó que Donald Trump y su séquito de infelices republicanos amenaza a las mujeres con quitarles el derecho a suspender su preñez. A veces me pregunto quién es peor, Mauricio o el neoyorquino; uno asfixiando al Sur, el otro desmantelando al Norte.

*

El paseo verbal viejo
es barroco.

Mientras más, mejor.

Aquí qué hago
no lo interpreto
terminante.

Mis caderas:
el motel transitorio
de la energía.

LO QUE NO ME DEJA DORMIR

I

Ano-tar todo. Documentar y mostrar al testigo absoluto. Sea quien sea, Dios o la seda. Mi nombre o el de ella. Algunos oídos ciegos ante la diversidad de sonidos habidos y por haber en el edén de la otredad discontinua y serena en su conflictividad. Poco ruido entre voces secretas que hasta ahora se presentan durante la noche despierta en mi cabeza, muerta por un rato, recostada sobre sus garabatos.

II

¿Ante sí mismo escribe el que escribe? Como un otro se percibe cuando quiere hablarle a los demás. Cae rodando a un poso de impresiones mientras anda y trepa, replegándose. En el intervalo que todas las veces lo contiene se amarra a sus sienes rezando por un poco más de espacio entre tantos aparatos.

La naturaleza a la deriva de su propia siembra incesante. Acumuladora hasta el fin. ¿Por qué no entran aquí las demás palabras que me cuesta encontrar para timbrar lo que hasta el hartazgo verso y mento? Ni siquiera me dan chances de preguntar más que a ignotos y descerebrados como yo, que no saben apreciar cuando es más fácil apresar. Me asusta mi jerga. Me asusta estar acá. Y me encanta cada tanto disfrutar de un buen susto. No tan real como para lastimarme la manera de abordar los días previos a mi muerte.

III

Yo no sé qué formas nuevas
verán
en la formulación asimétrica
de mis partituras tétricas;

la crítica ante la neta tética
de mi pesar, de mis saltos.

Convenciones que recorren la coherencia
corriendo a un costado de la estética,
soslayando el relato que tramo
tras zarpar, tras madurar.

¿Cuándo vienen a ordenar?
A desbaratar la miseria.
Ya se oyen caer
los meteoros.

Somos muchos los que hacemos muy poco.
La nada da menos miedo
que las armas de acero;
es el gran crucero.
En los mejores casos
lo público se disputa
y lo privado se disfruta,
en los peores casos muero.

IV

—Amputarnos las cerraduras. Quizás el traspié radica en las palabras mismas, vagas e impenetrables. A lo mejor ni siquiera existen los errores... y la vía de los hechos aprendida desde antaño es únicamente alguna de esas tantas agrupaciones fonéticas que leemos en silencio cuando no surgen de los paladares, ni de las cibernéticas emisiones ondulares de los la-

dridos. Siendo tal vez una pincelada violenta de una brocha interminable, sigo modulando frases que se extravían en la inteligibilidad de la que son susceptibles.

—Anoche les decía a mis pares «no sé si es más descabellado el fuego o el humo». Y el agua, que va y viene por los cuerpos. Setenta por ciento, dicen donde enseñan. Ruidoso parloteo global que desde ciertos oídos habrá de escucharse como el rugir del océano en cualquiera de las ostras.

—La cuestión vivencial es siempre única e irrepetible, aunque situada en magnas coordenadas.

—Siempre llega un punto en el que vaciarme en algo quizás permanente y ciertamente lineal se vuelve una especie de terrible urgencia, asediada por la incomodidad que genera la incapacidad de volcar lo que no es ni líquido ni sólido, pero tampoco gaseoso. Desesperadas las maniobras y poco claras las horas. Sí, la noche anímica no se trasluce sin esfuerzos en los destellos diurnos. ¿Es real lo que logramos emancipar del punto neurálgico de la ingele? Entre nuestras privadas fantasmagorías y el circuito de carnes errantes existe un precipicio que parece tragarnos, desorientándonos.

—Tragonear primicias y realizar el canal que nos lleva sin remordimientos a la peste.

—Hay que romper esa matriz de literaria tradición. Quiero difuminar las fronteras de los textos. Desarmar el principio de realidad, al menos por un rato. Des-artificialarlo con mis manos. Y al hacerlo deshacerme como un jarrón muy valioso que no tiene réplicas. Lo que agota al acontecimiento es la irrebasable unicidad. Clones disímiles. De eso se compone lo indivisible. Lo que escapa del concepto. En fin... lo innombrable; si bien nombrado hasta el hartazgo.

—Hoy pensaba en la frontalidad del arte escénico. No se aleja mucho

de lo que acontece durante una exposición teórica. De esas que abundan en los establecimientos educativos diseminados por el programa institucional moderno. Las aristas de los puntos de vista han de verse ensanchadas tanto como sea posible. ¿Qué ocurre? ¿Pero es que no puedo ponerme a discursar sobre las artes sin advertir el peso de las propias preocupaciones? ¿Tengo que cambiar el rumbo de este río verbal como si fuera la mismísima deidad? Y la música que trepa por la cornisa del mentón atraviesa cualesquiera poros en cuanta epidermis haya propalada. Esta patria de carne y hueso en el cénit de la anarquía ordenada.

—Cuando nos juntamos a hacer cosas, entre ellas charlar, noto que al haber a veces tantas conversaciones sucediendo al mismo tiempo, los que hablan detectan a sus oyentes gracias a que éstos están por lo general mirándolos a los ojos. Así se delatan los seguidores de la fugaz verborrea.

—...es muy hábil la mente a la hora de organizar elementos dispares en un ambiente simpático para cada involucrado, ¿sabe? No sé... Lo sé... es osado plantear una especie de actitud intelectual para degollar contradicciones. Suena cínico. Pero... ¿no es eso el mundo? Una contradicción...

—(...Insuperable).

*

—Paremos un segundo. ¿Podemos pensar? Hay seres encarcelados por robadores de vidas que venden sexo en cuerpos expropiados. Bombas. El mundo funciona a través de una geopolítica global que gobierna destruyendo. Me doy cuenta de que la calumnia es muy real. Todos los datos cuadran perfectamente. Nunca hubo tanto de qué hablar; las conversaciones no alcanzan para dar abasto a la vivencia del «ahora» más tenso y siniestramente esplendente.

*

A los hombres se degüella; a las ideas... también.

La filosofía hoy y siempre es: la batalla naval de los libros libres; libidinal belicosidad teórica; ejércitos de eruditos; terapéuticas guerras labiales; asedio literato y variados veredictos recursivos. Decapitaciones y puentes hundidos. La confiscación de los archivos y el planisferio de los cetros divos.

«La estocástica historia de las ideas... que se tradujeron a industrias concretísimas». Es real (y muy caro) el precio pagado tras perder el combate sapiencial.

Ganar o perder la verdad o la mentira.

Fogatas impresas en la imprenta maldita del saqueo librecambista.

La *acumulación originaria* estrangulándonos (la alianza macabra entre la biósfera y el capital).

V

—...me perdí. Heidegger y Cassirer, debate. Le conté a alguien que una noche, cuando estaba en ese estado de relajación que podría describir como el germen del limbo entre la vigilia y el sueño, había por fin podido entender la heideggeriana angustia ante la nada. En ese momento sentí eso que es capaz de sentir el *Dasein*, y fue tan extraño. En ese momento absolutamente todo caía por igual en el mismo recipiente, todas las cosas por igual tenían en común lo mismo: que a todas las podía liberar de su significancia, despellejándolas; como si durante un milisegundo fordista hubiese desplumado ocho mil cisnes grisáceos. Todo se reunía en el proto-estado amorfo regentado por la falta de auténtico sentido. Pellejos semánticos en tal caso tan solo nominados por mis pares, y por mí mismo, siguiendo esa corriente. Todos los ítems desarticulados; vientres postizos y pedazos de nociones ficticias con las que resistimos travistiendo. Desde la más peque-

ña hasta la más grande, todas las cosas eran exactamente lo mismo, participantes de mi existencia y de las de los otros, pero nada más. Más allá de lo que nos decimos entre nosotros, no hay nada. En ese momento sentí el vértigo, obviamente. Y lo sigo sintiendo a veces; esas cosas permanecen. No recuerdo dónde leí que esta angustia era una forma de intelectualizar la nada. Intelectualizarla, sentirla, aprehenderla, o lo que sea.

—Hace poco, volviendo a mi casa, pasé por un semáforo y vi los dígitos señalando segundos restantes. Por poco no me descreo evaporándome. Me sentí en un experimento extraterrestre con simbologías prestadas, o algo así. Es inmensa la rareza que me causa ser alguien en el mundo éste en el supuesto año 2017, con una historia que siempre se vuelve a contar a medida que va ampliándose y resignificándose y viviéndose y siendo siempre examinada e interrogada hasta el cansancio por las nuevas personas que aparecen y desde un cierto presente específico miran para todas las direcciones, desde lo que pasa en las ciudades hasta lo que pasa en los libros que hablan de otras ciudades anteriores, o lo que sea. Y siempre los mismos problemas. «No sé». Me produce mucha curiosidad la variedad de experiencias místicas que aparecen en torno a la ontofilia. Mucho se reduce a lo apofático y a lo catafático. Parece que desde lo más abstracto puedo incidir en lo más concreto tanto como puedo desde lo más concreto incidir en lo más abstracto y es que es todo lo mismo, todo ahí, misterioso, sospechoso, sin decir una palabra o sin decir una palabra que realmente explique todo. Revolvamos todas nuestras opiniones siempre que podamos; seamos intransigentemente escépticos hasta que quien se aproxime asuma que habla desde el mismo lugar de docto ignorante que no quiere el cetro, sino la justicia y la paz, o en su defecto... la ardicia y el saz y el caz.

VI

—Es que tantas cosas parecen obvias, imperceptibles. ¿Cómo es que somos muchos, cómo es que sólo en nuestros lazos hallamos algo? Se me estremece la próstata existencial cada vez que veo multitudes. Nos trasladamos pisando el suelo vacante, ya liberado de pisadas ajenas. Mediante un impulso autómata se chocan mil imanes oculares. Y durante un segundo levitan aferrados en el vacío que hay de por medio. Hablamos y reaccionamos sin meditar de más, nos salen las respuestas como los eructos que siguen a las ingestas de alimentos, parecidas a esas ingestas de credos legados y siempre intervenidos por la erosión de las letras. Emprendemos cursos de acción elementales que parecen usarnos como sede de su potestad; nos empujan a la fosa de la inercia aplicada. Nos topamos diariamente con situaciones regulares que no nos instan a conjeturar. Vamos articulando los eventos de los que hablamos y en los que incidimos al deramarles nuestra cuota de control, pero los hilos que trenzamos pertenecen a tejidos sociales arcaicos —terció como si fuera la Duquesa de la Santa Selva Inmolada.

—El pasado es esa laguna en la que me estoy bañando. De repente me sorprendí de su irreversibilidad. Ya está, no puedo cambiar nada. Solamente puedo seguir recurriendo a él para someterlo al microscopio neuronal; me demoro dentro mío registrando la membrana de sutilezas turbias que resuenan en un tímpano de representaciones conclusas y en marcha. Sin captar bien la forma de este discurrir perpetuo me entrecruzo con una pluralidad pantanosa de simulacros o misceláneas de elementos antes aislados, y así recorro lo que del pasado surge para fundar un nuevo orden de cosas distinto al del instante muerto. El presente es esa niebla difícil de agarrar. Me rodea, opaco. Abro el puño creyendo haberlo atrapado, pero no. La fecha de caducidad de un momento la leemos cuando ya se cum-

plió; las papilas gustativas apagadas quizás puedan retomar la vía de la lucidez, imprimiendo reminiscencias en la faringe fantasiosa, o reintegrándose a la excitación inmediata —vaticinó como si esta madrugada el absceso de sus surcos hubiese recorrido a pie la distancia entre Ciudad Gótica y las oficinas romanas de Wolfram & Hart.

—El presente es el futuro pasado. Esta comilona eterna que me va a hacer estallar. ¿Qué sucede cuando se sucede ese balanceo dialéctico entre la consciencia y algo oculto que no deja de asomarse? Comparto el sistema anímico con un espectro latente; supervisa todo mi desempeño. Sus ojos detallistas y habituados a la decepción piden más de esto y menos de aquello, lanzándome hacia el foro de los actos desde una comodidad impersonal apartada de ese mundo en el que vivo muriendo. Es en una bóveda tapiada de la psique donde se aloja la realeza interina que comanda el comercio con lo extraño, y con lo usual, que es lo mismo. Parezco una parodia de mi clon anónimo y dispar, clarividente. ¿Por qué es imposible explorar esos territorios incultos que me constituyen como propietario absentista? ¿En cuál de todas mis partes estoy «yo»? —recitó como si estuviera conmemorando tardes capciosas de asqueroso café instantáneo y divisiones de fincas aposentadas por la planicie exuberante de La Pampa.

*

«No entiendo si percibir tanta novedad me va a matar,
o qué.

Aumentan las revoluciones y todo es más rápido,
pero “yo” no avanzo

Me caigo.

Me desconozco

¿Será el fin?

Ese desenlace tan obviado.

Comienzo a bucear en mis jugos gástricos,
bastante nervioso.
Las cosas subsisten cuando pestañeo.
Se amontonan por todos lados.
De algunas brotan cadencias rancias,
caducas, de antes de nacer.
La falta de ruido, de vino.
No fumar más, no verme más.
No sé qué más hacer.
Me quiero extirpar los caprichos,
el antojo de otro espacio,
las ansias de planear, de no estar.
¿Residente residual de mi propia enfermedad?
Me han arrinconado al sector más áspero
(lo peor es no abrigarse).
¡Qué estafa, la tierra sobra!
Planeo radicalizarme, no pienso moderarme.
No sé adónde voy, adónde soy.
Adónde irme a buscar.
¿Con qué me voy a encontrar?»

*

—Anoche mientras me dormía intentaba asimilar los confines de una oscuridad empecinada en aplastar mi vista. Despabilándose volvía a trabajar. Casi imaginada, sin extensión.

VII

(El paisaje urbano: el edificio. La sorpresa; la desnaturalización). La distancia y lo gigantesco. La intemperie y la tecnología. Lo alto.

El verde instanciado a un costado de tu córnea.

*

Hablábamos de esto y de lo otro; cosas importantes, pertinentes al *zeitgeist* que, según me pareció en ese momento, es el poso en el que nos caemos al preguntarnos o discutir acerca de lo que se nos presenta apostado en el lenguaje gesticulante del contorno. El reservorio de evidencias que cada quien puede llegar a ver dentro de sí mismo no se deja más que someter a un interrogatorio que pilotee la conclusión improvisada y siempre revisada, mudada. Apostamos la envergadura del concepto vital. En la pregunta ya está contenida la posibilidad de la respuesta truncada.

*

Se iteran las cuasi-centenas y a los setenta ya estoy más allá. Repetición de repeticiones repetidas. La diferencia disfrazada de habitualidad. Y de repente lo obvio se vuelve ominoso.

*

Revelarse. No tan rápido. Se asume que habrán minutos de sobra. Cuando mucho colisiono contra tu cuerpo. No te traspaso.

Un canal se abre desde la primera contorsión en la labia de las comisuras. Intento recrear tu cara, pero a mi imaginación le faltan más ocasiones; encontrarnos rítmicamente me permitirá pensar tus facciones móviles. ¡Cuándo se pierde la cuenta del número de encuentros!

VIII

Necesito alimento
balanceado.
Yo no voy al lago
a cazar pescado.
Yo compro

en el súper mercado.
Allí me dan todo.
Apenas valoro
mi cuna de oro.
Tengo tantos privilegios
que «peco» por necio.
No espero ir al paraíso.
Yo que vos reviso
tus leyendas.
No vaya a ser
que hagas ofrendas
en vano
a cualquier tarado.

NOEMA

I

Leyendo el capítulo IV del Ariel de Rodó, me doy cuenta de que... Tengo todo este mundo en mi cabeza, muy parecido a un remolino de tendencias opuestas que luchan y «yo» ahí, nacido en el '95, un momento de madurez (relativa) de la democracia liberal y la ciencia. Luego miro por la ventana y es todo paz, árboles, casas, gente viviendo el sábado. Nada más que un tiempo muy lento en donde todo sucede sin interrupciones ni demoras, pero con calma. Y la luz del sol pasa por hojas anaranjadas a las que les sube el brillo, y parpadea el contraste del arbusto más oscuro que hay detrás en la sombra.

II

No nos damos tiempo. Queremos lidiar con nuestras relaciones como si se tratara de *polaroids*.

El viento me toca la piel del rostro, y «yo» ...como que me estremezco. Un trance de cúspides inexploradas. ¿Cómo detallar vulgarmente todo esto? Un tipo particular de viento al que, con brío, puedo desglosar en algunos atributos; el ala física se compone de un poco de frío y un poco de calor; es el viento típico de la primavera. Cuando el cuerpo parece encontrarse en el limbo de la atmósfera. Enfría un poco el rostro. Es sutil pero muy presente.

Tengo una obsesión con las cosas difíciles de asimilar. Sentirlo se siente y punto; qué belleza. Como siempre, se me ocurre la idea de pervertir lo inmaculado, lo que empieza y termina en sí mismo. ¿Quién me manda a decidir escribir acerca de algo que estoy sintiendo en la oreja derecha? Mientras tanto escucho una canción en donde se exhibe un lenguaje tan oscuro como el de mi habla y como el de los códigos que rigen nuestras sociedades, o las regularidades de la materia. Una vez que empiezo a en-

tender, el atractivo del sigilo se derrumba: ya no estoy cayendo hacia el mazo; sobre la superficie que tocan mis pies me acuesto a admirar lo en-contrado. Me he detenido. ¡Como si ya no hubiera que seguir excavando! Qué gracioso. Caer hacia lo que pueda aparecerse, observarlo un rato y continuar escarbando, o excavando, o aleando, da igual. Acá no hay direcciones, hay movimiento sin semáforos ni peatones. Voy solo. Alrededor hay muchas cosas, pero yo sigo solo, moviéndome.

III

Si al paso del tiempo sobrevive la especie, en un momento el nuestro 2000 será para otros lo que el 500 a.C. para nosotros. Otrora se condimentó la cena hoy servida en platos vacíos. El desayuno de mañana amerita las siembras disidentes de estos días.

*

Activar el pensamiento y, así, el ultrajado largo plazo (abrasivo; cautivo). «Una exhortación exotérmica». Estamos más equipados que nunca tanto para salvaguardarnos como para destruirnos. No sólo somos nuestro propio veneno, somos nuestro propio sanatorio. El problemón con las potencias del pensamiento es que sí o sí habrá un desfase entre las mutaciones científicas y «superestructurales», y sus repercusiones sobre la «base» «infraestructural»: lo que ande sucediendo en los laboratorios y las universidades tendrá que esperar un tiempo hasta sacudir la delirante organización económica de esta sociedad anémica. ¿«Hay tiempo» (*es gibt Zeit*)?

*

«Giro ontológico, ecológico y corporizado».

«Peligro de extinción y ultravivencia».

«Docto estado de excepción».

«Reina Filósofa de la Naturaleza (científica)».

IV

Además de actuar como si no estuviese improvisando, debo analizar-me *a posteriori*.

Olvidé muchas de las cosas que siempre deseo decir. Esta última palabra viene del latín *dicere*, enraizado en la raíz indoeuropea *deik*, que significa «mostrar», «indicar», «apuntar», y de la cual «dedo» es también mediata proveniente.

Olvidar, etimológicamente, es «deslizarse de la memoria». A través del tiempo es como puedo o no tropezarme. Y es que son tantos los componentes. En síntesis, sólo quiero hablar de ellos, y al mostrarlos, indicarlos, apuntarlos, de algún modo atestiguar su cercanía. No puedo dejar de interpretar; los resultados se amontonan, pero nunca son los últimos ni los primeros. Es *como si* la kantiana ilusión trascendental divina no fuese tan ilusoria, *como si* anunciara la huella de la agrietada ipseidad cósmica en su situado localizarse vanamente consciente, destituida ahora de su rol como a-dicto soplo (neuma). ¿Pero es que tiene que ser todo tan complicado? A Axel Cherniavsky lo escuché exclamar que todo texto filosófico es algo salvaje. Un trueno. La verdad mortal duele. Y mientras tanto hay que recordar; guardar calaveras en algún ventrículo.

«Me abro al cierre» era el mensaje contenido en la *snitch* dejada por Dumbledore. El oxímoron es la norma de la excepción. En cuanto me cierro, ya me he vuelto a abrir.

*

Todavía es embarazoso que seamos polvo de estrellas. A ese problema y al de la muerte y la sexualidad se reducen los demás. Conservamos registros. Da igual si se trata del temperamental antropomorfismo en los dioses griegos, de la sigilosa ubicuidad del *digito dei* cristiano o de la irredimible condición tras la reunión acondicionada por el complejo hotelero de

Bretton Woods. ¿Por qué los astros producen divinidades estructurantes? ¿Es que no se basta a sí misma la absoluta red nadadora? ¿Empieza a oler a sangre y a santos el asunto inhumano? Hay un hueco, una indecidibilidad. Incluso el mismísimo oligopolio orbital está escindido. La acedia asedia, muy seria. Es cierto, la risa cura, aunque un excesivo exceso de risa señale, más bien, locura. *Delirium*. Salirse del carril. La semilla in-enterrada.

*

Las ideas que más frescas están ahora en mi catatonia académica: *Uno...* El desierto forestal; el «sigo estando aquí como si nunca hubiese estado aquí» ante el porvenir siempre por venir y los otros arribables o arriba-dos; el «esto es siempre inaudito» y qué carajos; *Dos...* La... cosa... (*die Sache selbst* ⁴) del pensar como «entre» (*zwischen*); el claro (*lichtung*) permitiendo la gravitación del ser (*Seyn*) en tanto nada (*Nichts*) no nula; la dilación y el riesgo; *Tres...* El porqué de los números negativos... y... la sempiterna recta real (apelmazada en el intervalo 0-1), biyectable con la totalidad de puntos del plano euclídeo.

V

Podría dar la vuelta al mundo y sin embargo seguir atrapado aquí, sin salida, sin estar un paso más cerca de abandonarme.

«*I'm trapped here; I'm not gonna get out*»⁵. Tiene murallas de fuego que son el dolor (en ese momento me vi atrapado en un torbellino de circunstancias demoledoras que no iban a dejarme ir gratuitamente). En el sufrimiento se intelige la nebulosa.

4 «La cosa misma».

5 «Estoy atrapado aquí; no voy a salir».

VI

«We're all gonna die»⁶, dice la canción que está sonando. No menu-
da coincidencia. Es ésa la verdad de las verdades. Todas las demás inten-
tan emular su rigor.

Nacer es empezar a desmoronarse; y es, al fin y al cabo, empezar.
Debemos renunciar a la placenta y aceptar la inhospitalidad de la atmósfe-
ra. Antes de aprender a opinar aprendemos a obviar nuestra hibernación
vernácula.

La primera espina injerta en el dedo párvulo desenrolla el pergamino
que anuncia la fragilidad de su destinatario, cuya auto-aprehensión sube un
escalón tras aquel tumulto destellante. La revelación pre-razional de un
candor arquitectónico. En constante estado fetal paseamos como adultos.

*

Si tan solo pudiera desligar los eslabones que ensamblan la cadena
de mis acertijos personales... hechos por mí y hacia mí, como si se tratara
de las mismas condiciones que revisten a aquel inevitable «ser-relativamen-
te-al-fin», en donde queda iluminada mi futura defunción y todas las otras y
los otros. ¿Estoy oponiendo los dos miembros de ese encuentro improba-
ble?

Mi existencia, atada al tiempo que por vez admite un solo instante in-
finitesimal, y con él lo vario del estar situado: el espacio saturado de cosas
que no cesan ni un segundo de aferrarse, incluso aunque la mayoría carez-
ca de manos. Mas no podría librarme de este halo fenoménico que única-
mente a mí viene como tal mediante la asociación de todo santiamén. Ha
quedado atrás el momento indiviso. Literalmente se encuentra siempre pi-
sado por el que le sigue, y así *ad infinitum*. Apenas espiando sus sombras
me despido religiosamente del más escurridizo y celeste aislamiento. Evoco

6 «Todos vamos a morir».

a Kant... y a la imaginación productiva. Esta función invidente que nos deja ver lo ausente elabora el hilado nunca estático de aconteceres partibles y por ende significativos. Es trascendental cuando se encarga de realizar mi apercepción, uniendo perpetuamente cualquier representación con la de aquello que debe lograr hallarse sin excepción para que algo pueda alcanzar el status de lo representado como objeto mío.

Y luego la tumba, y quizás nada más.

Desde mis potencias escapa mi biografía y en este mismo escape se acerca a su cese.

*

Estábamos hablando de conceptos, como neonatas teóricas que somos. Delimitándolos no sin tensión en el aire. Pensé en el contraste entre nuestras investigaciones humanas y las trampas de lo fáctico desparramado, muy poco escrutado. Luego VH1 nos deleitó con «La Pregunta». Al interior de esos segundos en mí, una teofanía (secular). El (mullido, y aleatorio) concepto (de, por ejemplo, lo parafilico) viene dado por la pregunta (¿arbitraria? pero rastreable). Las respuestas no alcanzan a suprimir las alternativas que aparecen tras el tanteo de lo más tangible y tortuoso.

Me dicen que escriba, que piense. Y yo no sé si el ser es el sentido o el fundamento o ambos. Casi nadie está de acuerdo en nada. «Estudiar lo que estudio». Soy como el monedero de Hermione Granger, siempre hay espacio para algo más.

VII

—...la mónada no sólo engloba el pasado, presente y futuro propios, sino que también alberga señales o vestigios del resto de la actividad universal de todos los tiempos, puesto que en cada una de ellas hay alusiones a todas las demás, en virtud de su cohabitación en un mismo plano «intra-

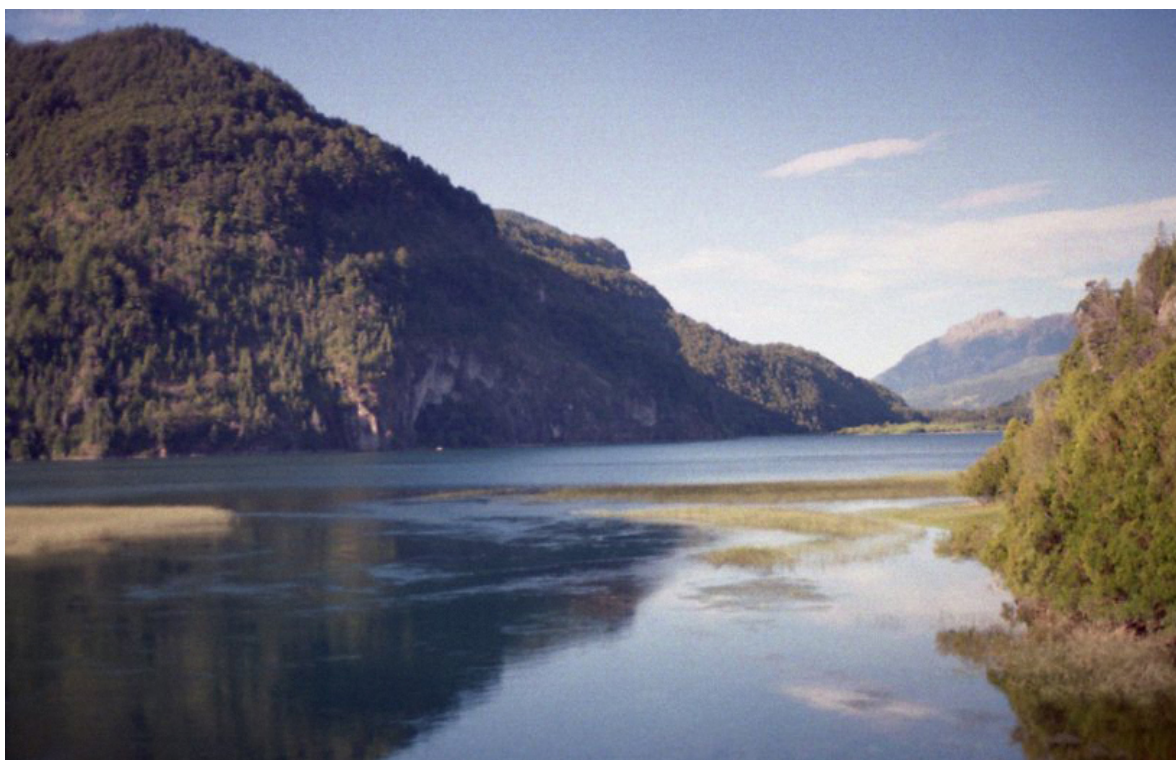
conectado». En otras palabras, la sustancia, por ser parte del universo y, al mismo tiempo, por ser inmune a las intromisiones, ha de contener de algún modo al universo entero dentro sí misma, pues es a partir de él y en relación con él que ésta acoge su disposición íntima; por lo tanto, cada sustancia mantiene su asociación con todas las otras en base sólo a lo comprendido en su lista de propiedades. De este modo, el universo está seccionado en cada sustancia existente, siendo cada una un «micro-cosmos» o reflejo de la realidad exterior, expresada desde una perspectiva singular. Hay, así, un orden coordinado de sustancias en donde todo lo que hay en una remite a lo que hay fuera de ella, por lo que todo estaría en todas las sustancias, mediado por la particularidad de cada una. Esto quiere decir que lo contenido en una sustancia rige en cierto modo lo contenido en las otras, habiendo un despliegue de poder del que toda sustancia participa al mismo tiempo como emisora y receptora. Por ello Leibniz compara a las mónadas con Dios, como si éstas fueran un espejo de su infinitud, en tanto abarcan de suyo todo rasgo de una realidad infinita, como si se tratara de cierta omnisciencia, a la vez que reflejan el poderío divino, debido a la tácita repercusión de cada una sobre el resto. Puede decirse que cada una constituye un determinado ejemplar de la Creación en la que se hallan inmersas. Fácil se hace entender esta suerte de «efecto mariposa» si pensamos en un supuesto primer hombre, Adán (gracias mitos bíblicos por proveernos de tantas bestias conceptuales), en el que ya estaría contenido Alejandro Magno, Evita y todo el Estado Islámico (etcétera).

—Enhorabuena. Qué maravillosa explicación.

—Ahora usted dígame... ¿por qué esto le importa a alguien? Este señor, Leibniz, conocido en la escena del cálculo algebraico, dice que todo está determinado y que, en definitiva, no decidimos. Yo no sé qué pensar.

No decido saberlo tampoco. Ni mucho menos decidiré reportar los motivos por los que esto se estudia en la Academia.

—Es tratado, por historiadores, en calidad de monumento literario... imagino.



VIII

—Esta... Joni Mitchell... Soy un idólatra. Hay resabios de alguna historia en la lírica. «Todo en todo»; porque en todas las palabras y pensamientos están contenidas las causas precedentes y las posibilidades posteriores, que son las palabras y los pensamientos mismos, inter-lazados, al mismo nivel, horizontalmente, en el sin-fin de un sin-comienzo; ¿porque si algo faltara, no habría tanto? «*I drew a map of Canada / Oh Canada [...] Love is touching souls*»⁷.

—Por Dios, qué humanismo asqueroso. ¿Y la música?

—...lo que no es ni palabra ni pensamiento, lo que podemos sin embargo adaptar al lenguaje de la *mens*, «describirlo» («vomito»). Las arcadas no huyen; quédanse a la redonda.

—El mapa: unas veces nuestro y eternamente de nadie.

IX

—Increíble. Leyendo textos que escribí hace más de un año me encuentro anticipando los temas que luego habría de estudiar con Cragnolini. Es bastante lo que puedo relacionar con el eje central de su cátedra: la incompletud estructural del ruinoso sistema como condición para la oportuna errancia del pensamiento.

—Si seguimos revisando a los antiguos es porque no nos han iluminado lo suficiente. Cuando arribo al resultado y con ello a la pausa, no queda otra opción que la de pasar a lo siguiente.

—La tranquilidad es efímera; el temblor... imperecedero, latente.

—Un deforme balance entre la voluntad de poder unitiva y la disgregante. Toros y escorpiones. ¿Por qué los débiles dominan al mundo? Porque los fuertes no sienten la necesidad de hacerlo.

⁷ Joni Mitchell, «A case of you». *Blue*, Reprise, 1971. «*Dibujé un mapa de Canadá / Oh Canada [...] Amar es tocarse las almas*».

X

—«Mucho respeto hay que tenerle al mar», me decía mi madre. Y hace poco «*el que te je-di (dije; alhaja)* » me dijo algo que no podría formular literalmente, pero que tiene que ver con lo que intenté explicarle a Lula esa tarde golosa en Exaltación de la Cruz. Todo saber o anécdota nos llega a través del filtro que de nosotros mismos somos. Una solitud coreada... coreando solitudes. ¿Negación de la negación de la negación de la compañía ($\neg \neg \neg C$)? ¿«Yo» ...qué se?

*

—¿Qué es ser un ladrón de arma blanca? Es triunfar crematísticamente. Goce pecuniario: bajar el paraíso a la tierra y ser la puta reina (*queen*), «María Sangrienta *style* ».

—Imagino burdamente los comienzos del poder. Creaturas humanas sobrellevando los malestares de una supervivencia sedienta, deseante, ansiosa por hallar remedios contra las hambrunas. Y de repente... una oportunidad; algún oasis, colmado, un superávit de recursos capaces de satisfacer sus apetitos y eliminar el hastío. «Me armo y definiendo este torrente de vacas, y lo reparto bajo condiciones. Porque yo lo encontré y no pienso volver a ese estadio de penurias y dolencias estomacales».

—Cuantiosa carnofagia extraviada en los deslindes de una cronología inaparente.

XI

La hemorragia del globo terráqueo.

Añicos montañosos. Cianuro pluvial.

Dinamita y tinta lingual (curatorial).

XII

¿La interpretación de los sueños difiere de la interpretación de la vigilia?

Mientras suceden los sueños (no lúcidos) estamos fielmente convencidos de que sus reglas y disposiciones son metódicas o verídicas. Nada nos garantiza que en la vigilia no ocurre algo semejante. Parecería ser debilísimo el sostén sensato del sentido.

*

Soñando he llegado a vislumbrar crudezas eidéticas más alborotadoras e insurrectas que las asperezas minuciosamente monitoreadas tras los aullidos de mi despertador barítono.

Han sido ampliadas mis conclusiones ojiabiertas gracias a eficaces alucinaciones experimentadas bajo los influjos de *las sabanas de las sábanas*. «Sin consultarme, algo en mí monta esta verdad porque se ha decidido que debo destacarla». ¡Una siesta puede ser más sentimental e intensa que un año de la vida!

*

Las veracidades suelen ser siempre bravas (bravías), como las euclidianas propiedades del triángulo (...Lobachevski y Riemann ¿crean o descubren? otros modos).

HIPNAGOGIA

I

Eso es vivir...

Bailar en la oscuridad, acompañado.

A tientas recepcionando destellos monocromos.

*

Hoy caigo en la cuenta
de que es improgramable
la coincidencia.

II

Hoy ofrecieron dos chorizos
a dos personas.
Sólo una aceptó.
Una cripta es el poema de la dualidad
y las personas que aceptan
la vida del vínculo
como si se tratara de un infante
y su cabeza frágil.

Me ofrecen un chorizo y yo digo:
«ahora no estoy comiendo carne;
pero gracias igual».
Al decir eso me siento un *snob*.
«Qué difícil es ser yo», decía Colucci.
Y Montaigne popularizó la frase
«*Que sais-je?* »⁸.

8 «¿Qué sé yo?».

III

Calibrar los sedosos islotes hipnagógicos
en medio de mis sueños.
Durante la vigilia apenas puedo
despertar.
Rebasa el confín del firmamento un segundo inoperantemente indeleble.
Las hamacas de las plazoletas se marean,
se hipostasian los espacios verdes.
Crecen las urbes autosustentables,
me sincero con aquellos padres.
Alguien me besa, yo rezo.
No quiero más queso, ni tabaco.
Me saco el saco,
te agarro
los labios.
Gusta quedarse paralizado,
boquiabierto.
Aliento a tu aliento lento, opulento;
bastante siento.
Siembro.
Me mirás mientras te miro.
Excitante es la seriedad
del armazón pupilar
afiliado.
Cuatro ojos descansados,
tiesos, in-aptados.
Donadores del círculo cromático
de tu iris, de tus trazos; brazos.

IV

«Mi viernes es tuyo» me dijo, por escrito. Inmediatamente recordé al iconoclasta francés, autor del texto que estoy leyendo: «Dar (el) tiempo». ¿Y si olvido lo que vine a decir y continúo de otra forma la cadena de sustituciones posibles? Ahora me parece que cuando te hablo a vos, que sos el clamor mismo encarnado en cada instancia humana, tiemblo. Hay tantos accidentes que mi rostro no termina de ajustarse. Pretendo dar lo que no encuentro a quien (ante mí) presenta simulacros de su propia impropiedad disimulada. En el concepto unívoco prima el resto del resto.

El año pasado tropecé con un graffitti que decía «*When someone flashes love where nothing but mislust can grow, the Earth trembles in a galactic-oceanic orgasm*»⁹. Quizás aplicar la teoría cuántica a las cuestiones psico-físicas del sentimiento amoroso podría llevarnos a conclusiones científico-espirituales en un abrir y cerrar de ojos. Probablemente la pobreza y el hambre disminuirían y las inteligencias extraterrestres no dudarían en contactarnos.

¿Cómo es que me desconcentro a mí mismo a través de tu presencia ausente revitalizada toda vez que te pienso sin paciencia en la espera? Son muchas las ciencias pero acá estoy yo, rico en cáscaras indigestas por su sinsabor. No termino. Ni siquiera empiezo a figurar cuando busco lo que se supone soy siendo sin ser tieso. ¿Esta catarata de yuyos ha estado siempre? Ay, ¡hay! ¿Y entonces? ¿Qué hacer si el pensar está tan devaluado?

Todavía es menester desentrañar esas ruinas patrimoniales que constituyen el objeto del deseo.

*

—Björk sí que sabe escribir canciones. Habla de la simplicidad de la superficie. Y con ella también un poso oscuro. Es eso... es eso... Oscuri-

⁹ «*Cuando se proyecta amor en donde únicamente prevalecen decepciones, las galaxias y océanos de la Tierra tiemblan orgásmicamente*».

dad, vuelvo a repetir, como diciendo «poco claro, difuso, no transparente, difícil de leer». Del lado de acá, dos manos se entrecruzan; dos torsos latiendo sin traspasarse, sin que sus anatomías decidan realmente revolcarse. Del lado de allá o, mejor dicho, del lado de más acá todavía, esas exaltaciones... ¿se entiende? Nos pasamos la vida creciendo y hablando de ello. Como si fuera fácil explicarnos lo ilegible, lo únicamente sensible. ¿Cómo narrar aquella honda cercanía tan alejada del lenguaje? Me sirve la herencia lingüística cuando transito la temporalidad del innato cargo. Empero a veces marchó cual desertor... de la frecuencia mayor. Dentro del clímax no hay ni «antes» ni «después»; tan sólo el «ahora» en sí mismo y simultáneo. Así debe ser el *obitus*, nos recuerda Sara Heinämaa. Malévola lisiada mi cuerda vocal durante el *momentum* que no dura, y que es duro y blando como la materia prima de aquel odre. Los tiempos de la mente exorcizada nada tienen que ver con los patristicos relojes.

*

Caminando por Buenos Aires,
me advierten acerca de la tormenta
de Santa Rosa.

Y te miro y te cuento,
mientras dirijo la vista
a la fachada iluminada
por las nubes.

Voz, que te vas,
ya estás casi allá,
lejos.

Si hablo de mi cuerpo,

debería subrayar el ardor
de mi lengua.
El picor que deja la sal
al salir del mar
para encastrarse en la gente
despreocupada,
vacacionada.

Raspa el pulso de mis vetas
el yodo de los peces.
Tu despedida.

*

—Y la vanguardista islandesa, además, alude a ese código antiquísimo, extraviado, en el que me veo aprehendiendo las fases del placer reconocido como acaparable en las horas desnudas y somnolientas. Es a sus lados, «mis» calores, donde encuentro el agua adamantina de esta sed inícuca. Inauguradas son así las mañanas del toско homínido que ha empleado candelabros.

*

«Pedalling through / the dark currents / I find / an accurate copy / a blueprint / of the pleasure / in me »¹⁰.

V

Ugh, maldito. «I like him so much».
«What is love?».
Is it everything at its best?

10 Björk, «Pagan poetry». *Vespertine*, One Little Indian Records, 2001. «Pedaleando a través / de las corrientes oscuras / encuentro / una copia fiel / un cianotipo / del placer / en mí».

Or is it neutrality at its most neutral?

More like effortless allegiance.

Ghostful alliance.

Is it shared nothingness?

A desire to redevise an oddly slippery lack of permanence.

The beating abidance of the uncertain.

I will not ever trespass those barriers of you.

Nor should I try to.

Looking at the square pieces of ice

I am about to cool some melted frost with,

I realized water in its entirety

has been here since year zero¹¹.

*

—Es como una sensación idiosincrática en el calloso encontronazo. Intento hablarte de Cragnolini; y que seas un científico natural me parece encantador... No pude parar de querer explicarte esas ideas tan raras, vanguardistas, distanciadas de la «metafísica de la presencia» (...encajonada en su narcisismo obsesivo; lo estrictamente activo quiere corromper la alteridad y volverla presa de su escrutinio, de su cinismo gobernante).

*

11 «Ugh, maldito. “Me gusta tanto”. / “¿Qué es el amor?”. / ¿Es el todo en su máxima expresión? / ¿O es la neutralidad más neutra? / Más bien lealtad espontánea. / Fantasmal alianza. / ¿Es compartir la nulidad? // Un deseo por recrear las rarezas escurridizas de la permanente carencia. / Latidos acatando lo incierto. // Nunca traspasaré esas barreras tuyas. / Tampoco debería intentarlo. // Mirando las cuadradas piezas de hielo con las que estoy por enfriar algo de escarcha derretida, entendí que el agua en su entereza ha estado aquí desde el año cero».

Compartir el estar ante esa muralla que nunca se cruza, pero alrededor de la cual siempre se ronda.

*

—Agamben me obsesionó durante un «*road trip*»... ¿viaje rutero? Y ahora estoy «dale que dale» con «Ajedrez» de Borges (¡gracias, Pablo Jensen!). La beligerancia y el ludomático tablero... ¡y por el Oriente sale el Sol a encender la estratagema!

—«Loco. Sos el *Toxoplasma gondii* de mi cerebro».

*

*The ocean. It talks to me. Says something in a cosmic language. Tells almost all through birds and waving. Moans about its own sound. Gusts of dizzy air, such noisy calm. Seagulls fly, others pass by. Wet sand incinerates the sun. My wick is low-key hard... (And I keep on drowning where there is no water)*¹².

12 «El océano. Me habla. Dice algo en una lengua cósmica. Relata casi todo a través de las aves y las olas. Se queja de su propio sonido. Ráfagas de viento vertiginoso, ruidosa calma. Gaviotas vuelan, otros pasean. La arena mojada abrasa al sol. Mi mecha es dentro de todo ruda... (Y me sigo ahogando en donde no hay agua)».

CÓMO TEMBLAR

El fin del mundo, problema clásico y hoy en día (2018) bastante relegado, se nos acerca a paso lento y agigantado. Resuenan voces a través de todas las intersecciones y varias de ellas impugnan la imprudente y torva escalada de desastres naturales provocados por el vigente sistema de las cosas humanas.

Atemoriza el quebrantamiento de los cimientos atmosféricos que sostienen la integridad del espectro psicofísico radicado en este planeta. Las condiciones ambientales que desde siempre han posibilitado la vida están siendo desmanteladas. Somos nosotros los que nos estamos llevando a nuestra propia destrucción; intuyo que de eso se trata el giro ecológico en el orden de una escatología anteposhistórica contemporánea y secularizada. La ancestral discusión acerca de los últimos tiempos ha de verse actualizada al siglo XXI, quizás el último de los siglos para los biomas telúricos. Las predicciones al respecto ya no son místicas, sino científicas.

Vemos aquí un problema descollante para los habitantes terrestres.

¡Una faceta relativamente subrepticia de la actual habitalización del *oikos* común se presenta como un liso y llano *deshabitalizar-el-mundo* !

Asumiendo que haya una resolución, queda claro que la filosofía tendría un rol muy marginal en aquélla. Sería dudoso que la actividad pensativa se interponga en el camino de los diestros titanes dominantes económica y políticamente. En términos materiales y pragmáticos no parece haber salvación: resulta inminente la llegada de un apocalipsis meteorológico.

Y tal vez, cuando arribe la ocasión, las elites ya tengan al alcance sus amenas píldoras eutanásicas contra el dolor.

En el 2004, poco antes de su muerte, Jacques Derrida dio una conferencia titulada «Cómo no temblar». El título es bastante tramposo; él mismo afirma que «no podemos no temblar»¹³. Su discurso versa sobre los cata-

13 Derrida, J., «Cómo no temblar», en *Acta Poética* 30-2, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Otoño 2009, pp. 21-34, p. 23.

clismos radicalmente determinantes y su embrollada imprevisibilidad cargada de secretos y misterio, a la vez que de la responsabilidad ante los otros y las otras en medio de lo que llega a llamar «el fin del mundo». Se sabe bien que no se refiere al evento icónico sobre el que ahora posamos nuestra lupa reflexiva, muchas veces asociado a lo improbable pero no obstante ajeno a lo meramente teórico e imaginable, y es que de su eventual y fulminante concreción percibimos augurios no poco explícitos.

¿Qué es, pues, lo susceptible de ser dicho de y en nuestra expiración? Desde luego es muy dudable que tenga algo que ver con cuatro jinetes. La tarea aquí consiste en preguntarnos cómo serían las formas de aquel acontecimiento exclusivamente vivible por los últimos vivos, los más sobrecargados y traumatizados de todos, aunque nulas a partir de entonces sus chances de psicoanalizarse; aun cuando sea obvio que cualquier episodio está «en acto» sólo para una porción epocal de sintientes, sería éste el más drásticamente idiosincrático y a su vez el más cabal mundialmente, el que concerniendo al pasado entero condensaría todo el trayecto; el suceso inaudito que inaugura un hito, un modo nunca antes emergido en la historia: su desenlace. Asimismo, intentaremos descubrir qué nos ofrece Derrida para pensar un problemón que, por lo demás, por mucho se escape de su inmediata intención filosófica. Debatiendo con su sermón lograremos ampliar su riqueza, sirviéndonos de las observaciones y objeciones hechas a aquél como medio para potenciar nuestras investigaciones respecto de lo que nos ocupa dentro y fuera de este texto (éste mismo): el destino (final) de la humanidad.

Primeramente, dos ideas centrales de su disertación nos interesan. Por un lado, lo imprevisible y brusco, estallido mudo y anónimo; por el otro, la obligatoria y pesada carga en las espaldas que implica el compromiso con la insoslayable otredad en el ámbito de lo desfondado, de lo agresiva-

mente trastocado (de la avasallante ausencia de mundo). Con ambos conjuntos de nociones entraremos en tensión en pos de alterar algunas de sus más cruciales consideraciones, dada la peculiar naturaleza del *factum* seguramente venidero que hemos traído a colación, y cuyas implicancias el esquema derrideano no llega a sondear, por más que otorgue herramientas importantes para su tratamiento. Por último, examinaremos la cualidad insólita que entraña esta inusual versión de la muerte, privilegio de quienes estén vivos cuando se desate la clamorosa catástrofe; nos inclinaremos a contrastar lo balbuceado por Derrida en torno a la defunción con las peculiaridades de este percance extremo. O sea, si intentamos adecuar nuestro problema al bosquejo derrideano, además de encontrar puntos en común que sean de gran ayuda, nos veremos arrastrados a sospechar un importante distanciamiento a partir del cual obtendremos pistas para un posible análisis de esta espeluznante cuestión.

Derrida empieza con unas anécdotas. Bombardeos en Argelia y efectos colaterales de la quimioterapia. Temblar por el miedo al temblor de las bombas; trémulo miedo al temblor indócil de las manos escribientes. En estos dos ejemplos se cuela la imagen de «lo que sucede [...] imprevisiblemente»¹⁴, más allá de que lo deseemos o no, y que viene a interrumpirnos, a fracturarnos. Sí, razonablemente, hay algo impalpable en lo que nos hace tambalear, en lo que nos hace «ceder ante la necesidad del desfallecimiento [...] abandonando [...] todo sentimiento ingenuo o inocente de tener una firma capacidad, o el dogmatismo de saber dónde se está parado»¹⁵, dogmatismo, por cierto, tan típico de los regímenes políticos negligentes que creen poder hacer lo que les plazca con los recursos sin sufrir consecuencias. Es cierto, la población del tembloroso final se encontraría a sí misma «absolutamente vulnerable, pasiva ante un pasado irreversible así como

14 *Ibid.* p. 21.

15 *Ibid.* p. 24.

ante un porvenir imprevisible»¹⁶. Con todo, estas insistencias en la propiedad secretista de las implacables sacudidas que nos sorprenden no pueden constituir sino un costado crucial pero secundario en la meditación que por objeto tiene al temblor verdugo de la humanidad. Es decir, lo que incumbe es mayoritariamente lo visible y patente de la estruendosa terminación que nos espera.

Supongamos, así, incluso si necesitamos exagerar (¿necesitamos exagerar?), que la crisis del calentamiento global es nuestro *free-pass* al mausoleo de la gran estirpe humana. Esto implicaría una especie de muerte anunciada, la enfermedad terminal auto-infligida subiendo escalones, a diferencia del asteroide, fundamentalmente repentino e impersonal en sumo grado. Como el propio fallecer, que se desencadena desde el interior de lo mortal, parecería que esta manufacturada extinción masiva, progresiva (y a la luz) y aun explosivamente letal en su sobrevenida vaciadora, brota también a partir de lo próximo a devenir extinto; independientemente de que no se elija, el catalizador está en ambos casos (la muerte del particular y la muerte del universal) ubicado en el terreno de aquello que en tales presas de la finitud se puede llamar (nunca sin riesgos) «esencial». Emerger para perecer. He aquí una clave aterradora del asunto. El fin de la historia (quizás sin conclusión o con una salvajemente despatarrada): actualizado sólo en el fin (naturalmente), mas en potencia desde siempre. ¿Es que habremos sido tan ciegos para no verlo? El seísmo es doble: el *momentum* definitorio y, a su lado, la retrasada primicia («¡esto es culpa nuestra!») dada por el resplandor del pasado enceguedido pero informante a través de un presente notoriamente devastado (un presente «en las últimas»). Ambas instancias se dan casi simultáneamente; la segunda dura menos por cuanto su ubicación secuencial es el colosal punto medio entre el comienzo del fin y el fin del fin (y

16 *Ídem*.

de todo comienzo histórico y por ello humano). En otros términos, si de un segundo al otro empezara a ocurrir la decisiva tragedia climática, latente por siglos, tras unos instantes advertiríamos que, como sociedad transnacional, hemos obviado a mansalva la obviedad que se mantuvo tanto rato frente a nuestros ojos y narices; una noticia sin noticia, reprimida hasta ese momento en el hegemónico inconsciente colectivo. Luego, obviamente, el cese del cese.

«Un golpe tuvo lugar, un traumatismo nos ha afectado»¹⁷, efectivamente; según Derrida, «temblamos por no saber de dónde ha venido ya el golpe, [...] y de no saber si va a continuar, recomenzar, insistir, repetirse»¹⁸. Sin embargo, en el caso de disrupción que estamos estudiando notamos que sí se sabe de dónde ha venido y lo que pasará después (antes del fin de todo después). Y quizás sea eso lo que más nos descoloque. Quizás encima de lo que es cristalino reposan los rompecabezas. Con este enfoque se concede el derecho de enfatizar lo enigmático siempre y cuando haya sido enfatizada antes, y con más ahínco, la barbaridad que supone el hecho de saber «a ciencia cierta» qué resultados se derivan de lo que sea que estemos haciendo como reos de un orden que finge ordenar mientras sólo desordena; es posible decir que el temblor implicado en la clausura de las existencias locales es «una experiencia del secreto o del misterio»¹⁹ únicamente si a su vez decimos que también acarrea una experiencia de la evidencia más destellante presentada ante los espectadores más inertes. Temblamos, entonces, porque sabemos exactamente de dónde proviene el impacto y lo que a éste sigue. Pero, ya habiéndonos cuidado de no dejarnos seducir por el acento en causas desconocidas, que podrían desviar nuestras miradas de algo que es aquí capital (la humanidad en tanto causa

17 *Ibid.* p. 28.

18 *Ibid.* p. 29.

19 *Ídem.*

ostensible de su propio aniquilamiento), sintámonos autorizados a concentrarnos ahora en lo que aquí se mantiene oculto. Se sugirió ya que escrutando lo que es nítidamente transparente podríamos chocarnos con los límites de este epifánico escrutinio. Estamos al tanto del «cómo» y del «a costas de qué», aunque no del definitivo «por qué». ¿Por qué nos llevamos a la perdición? ¡¿Qué estamos haciendo?!

La idea de «Dios como todo otro»²⁰, por su parte, ilustra las perplejidades. ¿Qué pasa si tomamos esa frase de manera literal? Cada ser humano tiene alrededor a todos los demás seres humanos. Imaginemos que, juntos, en calidad de humanidad suicida, conformamos una inmensa marea, una deidad imparable (devastadora). Para Derrida, «temblamos porque estamos ya en las manos de Dios»²¹, que es mudo y categórico; «Dios decide: el Otro no tiene ninguna razón para darnos y ninguna cuenta que rendirnos»²². ¿No es algo del estilo lo que hoy está acaeciendo? Criaturas echadas a la suerte de los métodos reinantes en el organismo social entero. «A la buena de Dios», de ese Dios de la historia, del capitalismo, de las naciones (des)unidas; da igual si éste es o no idéntico a la suma de sus partes, lo vital es que esas partes están ahí y somos nosotros. Ya no hay vuelta atrás y la razón por la cual no logramos convencernos de paralizar el actual rumbo permanece velada. No tenemos éxito a la hora de incitarnos a ensayar un desesperado rescate. Nunca fue tan descarada la podredumbre y tan alarmante el oscurantismo bajo el cual repetimos los años. Imposible descifrar por qué estamos así determinados. Imposible predecir el cara a cara con esta muerte maquinada. No se entiende por qué nos facilitamos el temblor conclusivo. Entonces no nos interesa tanto el *mysterium tremendum* del Dios que exige «de Abraham el gesto más cruel [...]: ofrecer a su hijo

20 *Ibid.* p. 32.

21 *Ibid.* p. 30.

22 *Idem.*

Isaac en sacrificio»²³; más bien brota fascinación por estos mortales divinos y diabólicos que conforman la especie más escindida del reino animal: se devora a sí misma devorando sus condiciones planetarias de posibilidad, y también las de sus colindantes. Lejísimos estamos de un motivo para sentirnos los entes superiores: nos eliminamos a nosotros mismos y a nuestros semejantes al tramar la escandalosa detonación del entorno sin el cual no somos nada. ¿Acaso no es esto tremendamente misterioso? Claro. Y no nos lo pide ningún líder etéreo.

Temblor mitad críptico y mitad diáfano. Sabemos y no sabemos. Sabemos algo de lo que no queremos enterarnos. En silencio aguardamos cautelosamente la comparecencia de lo inesperado. Una sub-consciencia que no consigue estremecernos todavía. Y las incógnitas, nebulosas en un limbo claroscuro. La paradójal boda de lo calculable y lo incalculable.

Estemos matándonos o simplemente dejándonos morir, seamos o no seamos una entidad autodestructiva sorda y afásica, es preciso percatarse de que, cuando arranque el sanguinario espectáculo, nadie podrá desoír los llamados, las urgencias ajenas. ¿Pero seremos capaces de contestar... de dar algún auxilio? Cuando las llanuras se resquebrajen, cuando los salados océanos inunden las ciudades, cuando el agua dulce haya sido ya ingerida y transpirada, cuando los resabios de bombas atómicas nos infecten, cuando llueva ácido y todo alimento esté rancio... en fin, cuando ya no exista mundo habitable, ¿podré cargar al otro, asumir la responsabilidad que me compete por el mero hecho de tenerlo cerca, a unos metros, suspirando desnutridamente en el abismo que a todos nos está por consumir? El texto de Derrida recurre al concepto de terremoto, metáfora encargada de «designar toda mutación perturbadora [...] que obliga a cambiar de terreno brutalmente»²⁴. Y, como se insinuó al principio, concierne a este trabajo

23 *Ibid.* p. 32.

24 *Ibid.* p. 23.

confrontar el fin del mundo más o menos metafórico que menciona Derrida con el fin del mundo concreto que nos figuramos como desgracia ecuménica. Se supone que «ahí donde ya no hay mundo ni suelo, debo cargarte, tengo la responsabilidad de cargarte porque ya no tenemos apoyo»²⁵. Mas en la despedida intraespecífica ya nadie puede cargar a nadie, pues todos están muriendo al unísono. Cuando se satura el número de quienes requieren de un otro que los cargue, ya no hay quien pueda emprender esta tarea de la carga; el espacio que queda vacío tras el desmembramiento del mundo ya no puede ser llenado por nadie, a pesar de que sea el momento más crítico, el que más amerita que se asuma desde algún sitio la responsabilidad sostenedora. «Yo no puedo cargarte ni cargarme». Un cortocircuito en la posibilidad de las cargas; responsabilidad indispensable pero imposible. Derrida está diciendo: es porque no hay de donde agarrarse que te tiendo mi mano. «No existe más responsabilidad que ahí donde se halla el fin del mundo, ahí donde ya no hay suelo, ni tierra, ni fundamento»²⁶. En efecto, durante el desvanecimiento del que todos participan la necesidad de asistencia, compromiso y amparo no es sino extremadamente acuciante. Pero a ningún brazo le queda fuerzas en la súbita y fatídica ruina pre-cocinada de lo terrícola.

Acercándonos al final (de este escrito y de la vida en la Tierra), adentrémonos en el aspecto tocante a la coyuntura necrológica de este magno contratiempo. Indaguemos en el carácter inédito de lo que luce como un deceso comarcal. Nos damos la muerte, exacto; y la vivimos en consonancia con todas las otras. Compartir la muerte. Es eso lo que está en la base de todo verdadero fin del mundo, de toda hecatombe rotundamente mortífera; en compañía finamos. Derrida evoca al padre del psicoanálisis y afirma que «cuando el otro está muerto, debo cargarlo según la lógica clásica

25 *Ibid.* p. 33.

26 *Ídem.*

de Freud según la cual el llamado trabajo de duelo consiste en cargar consigo, en ingerir, en comer y en beber al muerto, para llevarlo dentro de uno»²⁷. Digamos que a raíz de este óbito multitudinario estaría servido el más opulento banquete, y aun así faltarían todas las bocas hambrientas.

Nos sentimos seducidos, de este modo, a repensar la muerte en el marco de lo que se presenta como masacre absoluta. Se divisa un rompimiento en las costumbres; es despedazado el *status quo* de funerales singulares erigidos en derredor de vivientes en duelo. Acontece el sincronizado fenecimiento de todas las capas etarias habidas en el último presente. Si hubiese cielo celestial, ¿se vería de repente superpoblado de almas? ¿Cómo sería morir en familia, con amigos, sin nadie que nos llore al estar ya muertos o al ya no estar? Ser llorados sólo en vida. En cada esquina una estampida de abures nefastos. «Yo te lloro y me lloro, tú me lloras y te lloras, tanto como subsistan nuestros lagrimales». Exequias y pésames irrealizables; la inviabilidad de un auténtico luto. Millones de cajones abiertos y en cada uno un cuerpo agonizante. Llanto comunitario previo al mutismo anti-funerario.

En definitiva, es ciertamente muy angustiante estimar que la filosofía puede ayudarnos tan sólo a entrever las capas complejas de lo inaplazable. Pero en tanto siga siendo más factible el agotamiento de los ánimos terráqueos que el hallazgo de un remedio mágico, deberemos contentarnos con esta tortuosa situación de fragilidad e impotencia. Una tarde tormentosa será la palabra «adiós» pronunciada incontables veces. Y a continuación, los continentes transformados en extensas necrópolis ¡Tantos muertos y ningún sepulturero!

¿Cómo temblar? En masa.

27 *Ídem*.

φιλανθρωπία

Una vez me preguntaron «¿qué es “el hombre”?»; y me puse a teorizar...

Más allá de su impronta patriarcal (el género masculino preeminente) y de su carácter metafísico tradicional (la insistencia en dilucidar la quiddidad; el énfasis en la constancia ontológica, en el clausurado concepto), la pregunta «¿qué es el hombre?» nos interpela al menos por su índole documental. En efecto, los innumerables intentos por darle respuesta están a la vista para quien decida examinarlos. Es aquí donde se deja entrever el peligro que suponen aquellas falencias halladas en el interrogante; pilas y pilas de cosmovisiones absolutistas y misóginas pretendiendo llevar a concreción empírica una idea de humanidad presuntamente auténtica y ejemplar, criterio o paradigma desde el cual podrían ser calibradas las menos afortunadas variaciones exóticas de una otredad asediada por la búsqueda de estricta universalidad. Sin embargo, no todo planteamiento de esta incógnita ha involucrado a los embistes mutiladores del «deber ser» (la inescrupulosa reducción de un mero ser tal vez incomputable).

Acaso no tan radical, abarcativa y oscura como la pregunta «¿qué es lo que es?», sí engloba un manantial de poderosas y deslumbrantes posibilidades filosóficas, más justamente manifiestas tras una plural reformulación (cuando menos) no sexista del asunto. Pero, entonces... volviendo a esa fantasmática gradación inquisitiva, ¿será la propedéutica heideggeriana un imperativo? ¿La pregunta más difícil no puede ser tratada sin haberse ocupado antes de la segunda más difícil? El problema principal es que disponemos de muchos problemas. Caemos en la cuenta de ello cuando, al preguntar (post correctivos) «¿qué/quienes somos?», nos vemos obligados a sumergirnos en cuestionarios anteriores o posteriores, que permitan situar al enigma en cuestión en un marco no tan infalible, es decir, capaz de

engendrar un soporte fecundo, apto para alcanzar ciertas respuestas; todo esto en el caso de que en verdad deseemos encontrar tales respuestas. A fin de cuentas, ¿convendría ahorrarnos la performance del descubrimiento esencial? ¿No se ha dicho ya que más bien creamos nuestras propias nociones monumentales? Ahora vemos que la pregunta «¿de qué va la especie que conformamos?» conlleva en sí su destrucción a partir de la introducción del «dónde» y del «cuándo».



II

El puesto del hombre en el cosmos de Max Scheler contiene herramientas útiles a la hora de lidiar con el problema filosófico que nos compete, el de las peculiares existencias humanas. Uno de los puntos más importantes es cómo ubica bajo la conciencia tres focos inseparables que forman una «indestructible unidad estructural». La conciencia de sí, del mundo y de Dios. Digamos que, en clave kantiana, la suma de los fenómenos internos y externos equivaldría a la forzosa ficción suprema. Según señala Scheler, adviene «el hombre» a través de la conciencia de sí mismo y del mundo al que siente que rebasa y supera (manteniéndolo en el rango de su objeto tanto como hace con su propia psique), y con éste adviene también Dios, como piedra de toque contra el abismo abierto en ese extraerse del mundo para acabar residiendo no se sabe bien dónde. Es, por lo demás, muy interesante que no recaiga en un concepto arcaicamente restringido de lo divino, pues literalmente habla de una «lucha por la “Divinidad”», remarcando la presencia de una esfera disponible para llenar con múltiples sentidos, en los actos de co-autoría de narrativas metafísicas, cuando menos, contradictorias.

Es aquí donde podemos detenernos y centrarnos en la estructural pugna habida entre las interpretaciones, especialmente entre las fundamentales. A lo que alude Scheler al referirse al origen de la religión podemos imaginárnoslo como la inauguración de una página en blanco, que habrá de garabatearse hasta el cansancio con las letras de los fundamentos capitales. Es esta improvisación categórica la que al fin y al cabo provee el arsenal de multívocas pistas para la elaboración de un modelo resolutivo respecto de la pregunta por la propiedad más propia. A su vez, y al revés, la pre-comprensión de sí misma que tiene la humanidad vendría a condicionar el contenido de las ancestrales fábulas constitutivas. Por ello es que surge

una problemática análoga a la del huevo y la gallina, y de la cual podríamos intentar salir ilesos proponiendo una co-dependencia que radique en la aleación y confusión de lo fundante y de lo fundado. En esta elaboración de los cimientos se auto-concede «el ser humano» la traslación árquica de sus aspiraciones y angustias; la glorificación del superyó colectivo.

«La coincidencia entre el pensar y el ser». Entre «el hombre» y el mundo del que es sede media un determinado aparato rector que, llevado hasta sus últimas consecuencias, deja entrever los principios más extraordinarios de sus vivencias. Esos pilares, loados, de la mística secular informan al «hombre» acerca de «cómo es lo que para él es». «El ser» está siempre dispuesto acorde al pensar humano que, apropiándose, lo inventa y fundamenta (recurriendo o no a la divinidad); de modo análogo, en este «inventar y fundamentar al ser» se inventa y fundamenta inevitablemente a sí misma cada porción de la humanidad. Dicho esto, podría nuevamente remarcar la posibilidad de que la pregunta por el ser (situado) y la pregunta por el pensar (situado) sean idénticas, con lo cual daría lo mismo empezar por cualquiera. Por otro lado, y avanzando en esta línea, advertimos que parecería una imprudencia querer descansar sobre una sola respuesta cuando de la tramposa pregunta «¿qué/quienes somos?» se trata, dado que cada modo distinto de pensar/ser, orden al que decidimos concebir como diseccionado en los avatares de la(s) historia(s) y los territorios, engendraría aproximaciones muy diversas. A lo sumo deberíamos mantenernos sólo en el plano de las tentativas, si es que no decidimos avocarnos a reformulaciones que contemplen la observación de coordenadas contextuales en detrimento de un abarcar irrestricto.

*

¿El sentido (¿el ser?) es el fundamento?

*

Trasladándonos ahora al pensamiento de Wendy Brown, podemos seguir adentrándonos en las previas declaraciones. Se dijo que, en el caso de atrevernos a emprender la cacería de una esencia humana universal, no deberíamos sino conformarnos con una suerte de tanteo lúdico. Afirmándonos en esta perspectiva, podríamos arriesgarnos a opinar que la X que es aquí rastreada es reemplazable por casi cualquier cosa. ¿No es el ser humano aquel ente que repone por sí mismo lo que en su naturaleza se asoma como un vacío susceptible de colmarse a gusto? Como decía Rosenzweig, somos todos judíos; es decir, padecemos el destierro absoluto. De este modo, el único universal del que podría hablarse no estaría más allá del conglomerado de ciertas potencialidades; el universal sería, pues, tan sólo el descomunal conjunto de posibilidades, y acaso su indispensable y aleatoria actualización cancelaría la equiparación o la comunidad esencial.

Habría entonces que asegurarse esta vital libertad de transformismo (de)constructivo contra todo embate provocado por el terco alzamiento de una sola respuesta neciamente totalizante, rotunda e inapelable y, por ende, supresora de la diferencia. A raíz de este nudo nos ponemos a dialogar con Brown, que nos asusta bastante al desarrollar uno de los temas más debatidos del presente: la subrepticia consolidación del señorío neoliberal. Nos vemos tentados a aseverar que, a juicio de la autora, el caudal de posibilidades que, sospechamos, conlleva la X en cuestión está siendo cada vez más intimado por la propagada razón económica vigente. Es esta severa limitación de lo menos limitable aquello de lo cual debemos cuidarnos.

En el seno de una reflexión política, caemos de nuevo en la cuenta del batallar interpretativo alrededor del cual se entreteje nuestra historia, y sólo desde el cual cobra sentido la tarea de interrogarnos como especie que ora puede permanecer amiga consigo misma, ora todo lo contrario.

Esto dependerá sin duda del tratamiento que reciba en cada caso la pregunta de la que ahora nos ocupamos. El modo en el que decida responderse motorizará estas o aquellas condiciones materiales e inmateriales de existencia. Y es que, efectivamente, es bajo determinada concepción del ser humano que son levantadas las instituciones y arquitecturas que nos rigen.

III

Lo que no me deja pernoctar (lo que se me presenta como un «problema» filosófico y, sobre todo, directo, inmediatísimo, es decir, personal e íntimo) es, justamente, la vigilia o, mejor dicho, el presente vivido... si es que vive lo que sea que yo fuera; algo de lo cual, por ejemplo, Descartes, en algún punto, no predicaría vida alguna. Pero, es que... ¿soy sólo una cosa siempre, si me remonto hasta las últimas causas explicativas de mi tránsito en este mundo? ¿Es menester valernos de esa lógica que tiende a englobar todo lo que pueda en un único principio solitario (aunque rebalsado)?

Dejando esas consideraciones para más adelante, vuelvo al problema: la existencia en tanto relación perpetuamente actual conmigo mismo. Vínculo inescrutable y a veces denominado «apercepción» o «conciencia de la conciencia». Nos somos. Me soy. Te eres. Se es. Se son. («Pero a ti no te soy, ni tú a mí me eres»).

¿Y cómo distinguirme del paisaje, si aquél es en verdad extensión indivisible de mi yo perceptor y, en última instancia, lo que lo hace? ¿Dónde estoy yo solo, si es que en algún lado estoy yo solo? ¿O soy, no más, lo vario que hay en mí? ¿Y, por ello, de qué va todo esto, si al buscar un fenómeno de mí mismo sólo encuentro los de las demás entidades?

...ahora el viejo binomio kantiano volvería para atormentarnos anunciándonos que la cosa-en-sí que supuestamente es lo que soy percibe su propia aparición (tal y como percibe las demás apariciones), aunque no lo que es siempre genuino núcleo, no esa cosa-en-sí que, de nuevo, somos y que al intentar dársenos atraviesa instantáneamente un proceso que termina desdibujándola. Hay *algo* no-percibido, *independiente* de mis ojos u orejas. Las presentes interrogaciones serían el extremo de esta cuestión copernicana: aquí la cosa-en-sí percibida, el fenómeno, coincide con el dispositivo de las aprehensiones, es decir, con el aprehensor; me hago objeto de mí mismo y, así, termino filtrándome. ¿Hay acaso aparición de alguna suerte de habitáculo en donde caen las apariciones, algo así como el análogo psicológico del problema heideggeriano de la diferencia entre Ser y ente? Percepción y perceptor que, a su vez, bajo una percepción se percibe; pero no es cualquier percepción, es *diferente* a las otras. Es la posibilidad de las otras, pero nunca de éstas separada; de ahí la entendible confusión. O, en todo caso, más bien hay ausencia de foco perceptible; y nomás esa ausencia es lo que nos cuesta tanto apresar en *una* sensación conceptual.

El contacto con el tacto es constante, pero no es toda vez advertido. San Agustín, al desarrollar su teoría sobre los sentidos, decía que el asunto involucraba 3 ítems, por así decirlo. El objeto sentido, los sentidos sintientes y, por último, la atención del alma. Recuerdo estar completamente de acuerdo con esa distinción; solía percatarme a menudo de que, si no dirigía mi interés del momento a ciertas zonas de mi piel afectadas, era propenso a permanecer no enterado de tales sucesos físicos; por el contrario, al decidir hacer completo uso de la escucha corporal, llegaba a notar todos esos puntos de sensaciones antes en potencia, y así captaba, por ejemplo, el roce de mis pies en el suelo, o el de mi codo sobre el banco del aula en donde me estaban enseñando. Análogamente, las personas no están todo

el tiempo al cien por ciento conscientes de lo que nunca es pasajero, sino más bien, soporte inamovible de todos los vaivenes manifiestos internamente. Parece haber algo allí que, sosteniendo todas las idas y vueltas de los acontecimientos de los cuales soy centro neurálgico, se sostiene a sí mismo y que, sin embargo, no parece ser nada, pues a lo sumo alberga la posibilidad de su contenido, siendo este misterioso arcano sólo un vacío continente.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando se hace el esfuerzo por concentrarse en la pura re-flexión de la que somos sede? ¿Acaso es en esta intro-versión donde dejan de suceder las cosas? ¿Se trata de un estado vegetativo no onírico? ¿Se patentiza alguna conexión con la meditación (con el puro avistamiento de la respiración)? Si me remonto a la objeción que hace Heidegger a la célebre tradición subjetivista, veo que a su inédita elucidación del existente humano repugna el dualismo sujeto-objeto, por cuanto no hay uno sin el otro (el sujeto es el objeto adherido a la subjetividad, que al ocuparla la hace posible), y lo efectivamente nebuloso es ante todo algo anterior. En suma, no habría ningún *cogito* subsistente por sí, morando apacible a la espera de sus excitantes visitas representacionales. Y, con todo, ¿hay al menos una resolana, cuasi negada al afirmarse turbiamente, que, resbalándole todo aquello que habría de dilatarla conformándola, podría remitirse a su simple y tumultuosa tesitura en un acto desnudo de angustia y silencio? Una especie de tripartición agustiniana en la que todos los componentes parecerían ser (¿más o menos?) idénticos unos a otros. Yo sintiente sintiendo mi yo sentible; la atención en tensión. Mas lo aprehendido de esta suerte, ¿es o no es? Acaso lo sintiente sea sólo sintiente y nunca sentible.

En suma, ¿dónde encuentro ese encuentro conmigo mismo (y nada más)? ¿Existe algo así o, más bien, estoy hasta el hartazgo atravesado por lo otro que es en última instancia mi auténtica con-textura, en parte reducti-

ble entonces a todo aquello de lo cual devengo heterogéneo resultado? ¿Es al fin y al cabo la auto-percepción una ilusión (quizás útil para... algo)? Podría ser que esté yo velado para mí mismo, y que toda hipotética reunión con mi mismidad sea de hecho una intrincada versión alternativa de la ordinaria reunión con el omnipresente mundo circundante. A lo mejor con la palabra «ego» nombramos al caótico empalme de realidades prensadas; quizás sea algo únicamente ulterior y jamás precedente; o sea, no habría un alcanzable origen raso ni, por lo demás, rector.

El «yo pienso debe poder acompañar todas mis representaciones» parece en verdad una síntesis verosímil, de la cual extraer la realidad de la conciencia.

«El yo pienso debe poder acompañar al yo pienso, que es también otra de las representaciones inseparables del yo pienso». Y con todo, ¿no yace desnuda esta representación cardinal en la representatividad, como la potencia de una organización cualquiera?

IV

En su obra *Investigaciones Filosóficas*, Wittgenstein critica fuertemente la teoría referencialista del lenguaje. No le satisface lo que planteaba San Agustín acerca de una conexión directa entre la palabra y una cosa que ésta nombra. En el *Tractatus*, se hallaba convencido de que el lenguaje estaba encargado de traducir pictóricamente una realidad fija, en la que habría un orden estricto de elementos en calidad de correlato del orden estricto que él percibía en el lenguaje. De ahí su insistencia en los objetos simples o protoelementos a los cuales corresponderían los nombres. Pero ahora Wittgenstein se enfrenta a estos postulados. No se trata, como en el lenguaje de Agustín, de que una palabra adquiriera su significado tan sólo por haber algo que reclama perentoriamente ser referido a través de dicha

palabra. No es que sólo hablamos de cosas, es decir, no es que con las palabras sólo nos referimos a cosas, denominándolas, intentando traslucir eso nombrado. Más bien hacemos de todo con las palabras. Wittgenstein advierte sobre esta híper-valoración de la referencia, o sea, sobre la obsesión por el portador del nombre, es decir, ese objeto simple que no puede descomponerse en partes; él nota que no hay algo así como una sola posibilidad de clasificar lo que es simple o compuesto, dado que lo simple y lo compuesto son siempre relativos: dependen de la escala en la que se ubique el que habla. En la experiencia nunca nos topamos con estos puros objetos simples; siempre podremos ver lo compuesto como un simple (como cuando vemos una silla, en el fondo hecha de partes), y siempre a lo que vemos como simple lo podremos descomponer en partes (en la silla encontramos estas partes que la componen y que son, digamos, menos divisibles); es entonces inadecuado reducir la función del lenguaje a clarificar una supuesta estructura de protoelementos, puesto que tales protoelementos nunca permanecen idénticos a través de las distintas perspectivas, sino que de nuestras inclinaciones depende la manera en la que clasificamos las cosas; nunca hay una clasificación ya previamente dada en la naturaleza y recopilada por el lenguaje. Todo esto implica que uno erraría al pensar que, si alguien habla de su escoba, la intención sería en el fondo la de hablar sobre la unión del palo y del cepillo; no sucede, entonces, que este tipo de análisis seccionador muestre algo fundamental que no alcanzaría a ver quien no cuente con los resultados de dicho análisis. Es así sacado a la luz el hecho de que los nombres no asumen el lugar del portador de tales nombres, pues el nombre no deja de tener significado si el portador deja de existir del modo en que se piensa que debe existir para ser perfecto correlato del nombre; es decir, si se rompe algo llamado X, y deja entonces de existir del modo en que existía en tanto tal o cual referencia, no por ello

pierde valor el nombre. Siguiendo estas líneas, alega que la definición ostensiva propia del lenguaje de Agustín, en el que se aprehende el significado de cada palabra mediante una seña al objeto al que refiere, no alcanza a dar cuenta del genuino uso de la palabra. El énfasis en la definición ostensiva esconde la búsqueda de una referencia pasible de ser captada directamente; pero no hay tal poder del nombre que trae la imagen inmaculada de su referencia; no es que el lenguaje se base en hablar de objetos a los que se ha señalado como portadores de los nombres pronunciados; no es que el nombre cargue ya consigo al objeto que se pretende señalar. Si alguien, señalando un cuadrado rojo, me dijera «he aquí el rojo», ¿cómo sabría si habla de la figura geométrica, del color, o de cualquier otra cosa? No es posible indicar el modo de indicar de la definición ostensiva; tan sólo tendrá sentido ésta para alguien que ya sabe qué posición habrá de ocupar la palabra en el lenguaje, es decir, alguien que ya domina el empleo de la palabra. En definitiva, la definición ostensiva no explica por sí sola al lenguaje; y no asusta que las palabras acaben siendo explicadas siempre desde otras palabras si se considera que estamos desde siempre ya ubicados dentro del lenguaje, y que, aunque siempre pueda haber una explicación más de la que otras se sigan, detenerse en una sin ir en busca de otra que la fundamente no implica «estar en el aire».

*

Todo esto nos aproxima al tema acerca del sentido de los términos y de los juegos del lenguaje. Wittgenstein proclama que el sentido de un término está dado por su uso en un contexto específico, el cual recorta alguno de sus posibles empleos. Si el sentido, entonces, viene dado por un uso entre otros, no habrá nunca un solo sentido que la palabra mantenga permanentemente, puesto que en ningún caso habrá un único uso de la palabra. Este contexto de utilización es la puesta en acción de aquellos juegos

del lenguaje a partir de los cuales se articularán determinadas formas de vida (o sea, prácticas), entretejidas por ende con tales juegos. Tal como ocurre con los juegos que jugamos, en los lenguajes hay reglas; y del mismo modo en que no se puede encontrar ningún rasgo universal que esté presente en todos los juegos, sino tan sólo semejanzas, superposiciones o parentescos intermitentes, tampoco entre los distintos juegos del lenguaje habrá algo universal que inhiera a todos a la vez. Al fin y al cabo, un referencialismo como el del *Tratactus* no sería sino un juego más entre otros. No hay, así, nada necesario en las condiciones de utilización de un término, por ser éstas condiciones cambiantes; se sigue de esto que siempre podrá haber otros contextos diferentes que den también sentido a la palabra. Si cierta condición de uso de un término fuera necesaria, entonces tal término sólo podría poseer un sentido si dicha condición se repitiese una y otra vez, pero, por el contrario, acontece que, lejos de tener que darse una única condición, la palabra es susceptible de adquirir otros sentidos mediante otras condiciones, es decir, hay otras condiciones que asimismo dan otros sentidos a la palabra. Por eso se habla de condiciones suficientes, pero no necesarias. Suficientes puesto que bastan para que se haga uso de los términos, pero no necesarias, ya que puede haber otras y muy diversas. Las palabras conforman entonces una especie de caja de herramientas de la que nos servimos para participar de esos juegos del lenguaje que se organizan en torno a acciones concretas de la praxis; lo que exprese la palabra dependerá en cada caso del juego del lenguaje en el que esté inscripta, y la puesta en marcha de cada juego dependerá a su vez de las prácticas a las que corresponda. Las condiciones contextuales fluctúan y con ello también fluctúan los sentidos; pero aun así nos entendemos, ya que lo que se ententeje con el lenguaje, la acción, otorga cada vez y de formas distintas el punto de apoyo que nos permite entender cada uso, es decir, cada sentido.

V

Arcano innombrado... Heidegger dice cosas muy interesantes acerca de la muerte... aquello por medio de lo cual al viviente le será arrebatada su entera existencia; en esta amenaza proveniente de sí consiste, se ve, su «poder ser» más íntimo, es decir, más propio o peculiar, puesto que su compleción radica en ser supresora de sí misma, afectándole esto a él y nada más que a él (más allá de los féretros lagrimeados). Esta posibilidad queda catalogada, entre otras cosas, como la más indeterminada, pues no deja nunca de ser posible a cada instante, debido a que su «cuándo» queda escondido en el mayor misterio; en el hablar cotidiano acerca de la muerte esto es reiteradamente ignorado, tranquilizándose uno en la precipitada determinación a la que se la fuerza, postergándola como algo lejano, todavía muy a trasmano.

Mientras estaba estudiando con detenimiento esas reflexiones miré por la ventana y vi las extensas gamas del mundo al que algún día me veré obligado a renunciar. Conmoviéndome aprecié la táctil experiencia geométrica del perímetro morado. Humedad en mis pestañas y añoranza precoz. Verde. Ver.

*

«Amor a lo que acontece (*amor fati*)».

VI

La rinorragia del mundo: la deforestación. Tala indiscriminada de pulmones boscosos que son también narices. Entrecortada espiración agresiva. Plaquetas rojas goteando. Y una desangrada idea de mundo. Y una idea de desangrado mundo. ¿Una pérdida del rumbo... geosocial o psíquico?

Hoguera mnémica destripando la calidez hogareña (la Tierra en llamas).

CORRUPCIÓN Y RETORNO A LA BONDAD

I

Destruir el pasto en mil pedacitos
pensando en
destruir el pasto en mil pedacitos.

*

—Que los fuegos purificadores de las profundidades quemen para
siempre a las almas sufrientes y traigan dulce de muerte.

*

No hay nada.
Ni dios ni tiempo.
Sólo esto y aquello.
Apenas proto-comunicados.
Qué ves cuando me ves.
Te miro sin mirarme.
Y si me acerco lo suficiente
encuentro mi carnosidad reflejada
al lado de tu esclerótica.
Me veo deseando zambullirme en tus células.
Ingresar.
Recorrer y manosear sin apuros.
Exposición oral sobre hoplología conductual
antes de diseccionar la secreción
de la marcialidad prostática.
Tras morir por varios segundos
aminoran las revoluciones,
el ajetreo (y el ajedrecismo).

*

—Todxs nos queremos conocer pero pocxs se conocen un poco y casi nada.

—Y el conocimiento de la incogscibilidad corpuscular que acompaña al otro acompañante hace temblar menos que el entierro de quien fue desterrado.

—Si no hay vida que perciba, ¿cuál es el sentido de la enérgica materia? ¿Estar allí... sin más, reposando? ¡¿Tanto lío para eso?! ¿Tanta expansión isentrópica para que sólo de pura casualidad surja la posibilidad de varias conciencias reunidas en la colectividad? Me atrevo a conjeturar que el Big Bang y sus circunstancias antecedentes contenían ya esa jugosa información por algún extrañísimo motivo.

—El posthumanismo te invitaría al *ring*.

—¡«Cuando esplenda, esplenderá» manuscibió S. K.! Y la vida es mejor con viento...

*

—En el geo-pensamiento hay un centro y una periferia: profundidad y superficialidad. La superficie periférica cambia más rápidamente, es menos estable, que la profundidad central, cuasi perenne y robusta en su peso.

—Lo cambian mientras lo van leyendo, lo van reescribiendo. Nada puro.

*

Martillar el pelaje de la moción insensata por definición. Escuchando la estadía de mis contextos aireados sin reservas. Mis cicatrices se asoman y la historicidad corpórea se actualiza vía golpes y estados perfumados con olores poco amenos. Me choqué con el placard, el que tiene franjas celestes, voy a des-infantilizarlas pintándolas de otro color. Bajar (dicen por ahí). Usar el papel que encontré hace casi lustros mientras lustro el piso con mis pies mugrientos y mis manos mutiladas por esa sierra de mano del demo-

nio. Mojo el derivado de tronco con mi sudor y ya no doy más. La economía del don tiene límites. El *potlach* que ejecuto desde abajo me devora.

Alunizar... Sobre hombros de gigantes, continuando lo infinito (antes de lo/s que vendrá/n). Alucinante anosognasia.

Hombrelobos en la bañera microfisurándose los cartílagos y manuscibiendo las lagañas de la horajasca que se dignó a sexar.

II

La Mettrie basa su diferencia entre las formas de existencia vegetal y animal en criterios relativos a la motricidad resultante de exigencias y escaseces. Se supone que la planta, muda y desalmada, yace cómodamente quieta sobre su mama edáfica, sosteniéndose sin esfuerzos gracias a aportes provenientes de fuentes varias, mientras que, por otro lado, el animal hacendoso, alma instintiva desarraigada y errante (con extremidades), enfrenta dificultades integrales y circundantes con la ayuda de instrumentos sensitivos e intelectivos. Sedentarismo ciego versus nomadismo lúcido.

Si bien la fitología del autor no considera las migraciones, los tropismos y las nastias (al parecer usa el concepto de movilidad como sinónimo de traslación inmediata), relacionadas con las inquietas dinámicas de competencia y cooperación inter/intra-específicas, por nombrar algunas potenciales complejizaciones, el acento está puesto en descartar la posibilidad de una subjetividad anímica vegetal a partir de la innecesidad de algo así como un centro reflexivo movable, dadas las serenas condiciones de reposo en las que aparece sumergida la planta.

Con todo, podríamos pensar que la provocativa alusión a los términos «animal inmóvil» y «planta móvil» (a la hora de referirse a la planta y al animal, respectivamente) durante unos instantes implanta un halo de inconclusividad alrededor del ejercicio taxonómico. A través de un contraintuitivo

contraste asociativo, se genera un canal filial implícito mediante el cual queda allanado el terreno para una suspensión momentánea de la diferenciación taxativa a la vez aflorada (un similar conducto conjugante se entreabrirá con tibieza cuando luego se asome el asunto de la híbrida planta animal). En definitiva, esta suerte de operación performativa, a tono con su poética propuesta gradativa y analógica (aunque en última instancia antropocentrada), disocia vegetal y animal según parámetros motores al tiempo que de algún modo permite entrever una emulsión de ambas faces, escenificando así la amalgama de tensiones irresueltas que suelen surgir al considerar a la investigación acerca de la(s) vida(s) como una disciplina «pura» o «exacta».

*

Latour habla de las turbulentas consecuencias, entre ellas psíquicas, acarreadas por las calamidades que estamos registrando tras esa «revolución» planetaria ya acaecida, irreversible y amenazante. He estado desde el año pasado interesado en la cuestión del soñar y, para mi sorpresa, descubrí que se está diciendo mucho sobre la influencia que está teniendo la actual cuarentena (el encierro, el estrés, &c.) sobre nuestras ensoñaciones. Lo loco es que hace unas semanas tuve mi primer sueño lúcido extenso, híper vívido y por momentos escalofriante; puedo quizás decir que he evidenciado por mi cuenta este generalizado influjo de las desconcertantes circunstancias (socio)ambientales sobre una dimensión tan íntima, y aun así tan permeable, como la esfera onírica. Lo que intento señalar es que las enloquecedoras mutaciones del existir propiciadas por estas primeras cachetadas antropocénicas en el rostro de la «civilización» (cachetadas en forma de crisis global por una zoonosis viral que, según advierten ciertas voces, no será la última en sacudir los cimientos organizativos de la «humanidad») obviamente involucran también a nuestras fases REM, que se ven así trastornadas como cualquier otro ámbito de la vida.

Surfeando este tempestuoso cruce entre la ecología y la onirolología. Rastrear las insólitas narrativas de la mente dormida en medio de esta «eco-ansiedad» pandémica. Ola mundial de sueños inusuales a raíz del vigente confinamiento sanitario. Es extraño... este antrópico «desbarajuste medioambiental» devenido pandemia zoonótica y el derivado aislamiento masivo afectando nuestras psiques y por ende nuestros sueños...



j'

Voy a cazar desde este lugar
un rombo de quehaceres santos.
Voy a vivir en la abadía
del entierro nauseabundo
en el que mueren los padres.
Voy a esparcir sus cenizas
entre los árboles desahuciados
que rodean el marco de este cuadro.
Voy a hablar sin la voz ególatra del circuito perfecto.
Será el *cogito* agigantado hasta explotar.
Vendrán las olas a suplantar el oxígeno
y las tecnologías quedarán fosilizadas.

*

Apoptosis en las dunas del destiempo.
Encontrar sosiego en las hojas
y en las oraciones plurimembres.
Magma en el alféizar colegial.

*

—Dormir, (ellas, ellos) duermen (qué tarde se hizo; bostezo). Y hablar... ser una radio con una abertura que se mueve de maneras distintas, dependiendo de los salidos sonidos salados; alados lotes de limo lacustre.

—El silbido de la vajilla y el murmullo de las bocas repletas. La glacial constatación filogenética. La *filofilogenia*. El harapiento estadismo del amar, y el coche.

—Inhúmame.

—Las fábulas auráticas cuentan la historia sin fin cada vez que pueden.

—En muchos años este presente va a ser rememorado con nostalgia. ¿Cómo decir las cosas? Pensé...: «(DALE) VAMOS, estás acá ahora, donde ya no vas a estar más y así es siempre. Y dejá de ver lo bueno sólo cuando ya pasó, cuando lo recordás. ¿No ves que te cansás? Lo bueno es ahora y el ahora es lo único. Miedo a lo malo hay que tener cuando ya se lo ve. No hay que inventarse las señales, forzarse al auto-boicot. ¿Para qué anticiparse y sentir un exceso artificial e innecesario de lastre?».

—«*And do I really understand the undernetting?*»²⁸. Allí empieza el cálculo, la probabilidad y el modelo. Geostático o heliostático. Sinódico; sí-dereo. Ocasionalmente filántropo, en exceso filólogo.

—El otro día con Octavia hablamos sobre la caricia. Me contó que Sartre encontraba ahí la coyuntura propicia para la encarnación (la corpórea in-corporación) de la conciencia. ¡Claro! La muy hedonista rehúye al cuerpo tanto como puede excepto cuando le place su estar-encarnada.

—*Love in the shape of absence. Someone spiritly inhabiting you. Aching. Just as when something enters an already almost full recipient; to place a piano within one's mouth. I harbor you and by not staying you prevail; how crazed... cravingness*²⁹.

—Busco una forma nueva, lo no-dicho, lo no-pensado. ¿Pero qué es eso? Acaso será el punto de ebullición de un movimiento ya no-tenue. La

28 Nico, «The fairest of the seasons». *Chelsea Girls*, Verve, 1967. «¿Realmente entiendo el subyacente entramado?»

29 «Amor en la forma de la ausencia. Que alguien te habite espiritualmente. Que duela. Como cuando algo ingresa en un recipiente ya casi lleno; meterse un piano en la boca. Te hospedo y no quedando persistís. Qué extraño... el extrañar».

cosa-del-pensar es el revisionismo cargado de novísimas novedades aún no revisadas; de suerte que son siempre más numerosas las entradas, alicientes, que las salidas, compilaciones demandadas.

—Me siento entre las palabras mejor que entre las gentes. Laboralmente. No digo que prefiero quedarme un día entero amalgamada a vocablos en quién sabe qué estado de representación, sin conversar con aquellos a partir de los cuales me son brindadas parábolas en primer lugar.

*

Al fin se despertó de la siesta nocturna, abandonando los sueños que tanto revuelo le habían causado a sus poros rosáceos. Ya no recordaba nada; en el transcurso del día unas sucias secuelas lo obligarían a demorarse en esfuerzos por recuperar algo latente.

Hizo todo lo que se suele hacer antes de inmiscuirse en el mundo público de las veredas. Acicalado y vestido se infiltró entre los transeúntes de su vecindario.

—Hay empatía estelar en las extremidades cerebrales que demarcan el espacio que habito. Simpatía lodada, filantropía.

—Los días del artista son los que subsisten proporcionando lo que el planeta no puede suministrar por sí solo.

—Pero... y... los paisajes... ¿no son obras de arte superiores de esta anónima invención?

—¡Sí! El atlas planetario es el políglota museo egregio. Todopoder en la sublimidad dinámica.

—Esta vida humana está castrada, absolutamente arraigada al desazonante desarraigo monetario. Lo que se hace es tan poco.

—Lo que podemos hacer es mínimo. En todo caso, las fuerzas armadas. Las impotentemente potentes barricadas. Estuve leyendo sobre la desobra, sinónimo de inoperosidad.

—...o sea, sí. Pero... Yo qué sé. Matemos al rey. Ardamos. Y en su estómago, un sable. Cambio toda ética por unos pocos nidos; mi dentadura quiere usar el sistema médico. Denme paz, algo de cal. ¿No ven que vivo en la alcantarilla?

—...la problemática del prócer melancólico nos sacude. Un ritual en aquel parque, y a algunos metros la zona gastronómica. Falta una noria. Sobran conejos y zanahorias allá donde habitan los tábanos molestos. Comprémosme lo que nos quiero vender.

—*Art galleries, museums, live performances, musical events, raw footage exhibitions, book presentations... that's where everyone needs to be going to. Soon we will be asking each other: can't we just do it ourselves?!³⁰*

—Me pregunto cómo andará el mercado editorial en estos tiempos de espejos negros.

—Qué pesado el peso del palacio postrero en el que viven las palabras. Yo también vivo ahí, y es a veces sofocante la cantidad semanal de tropiezos por parte de quienes enceramos el resbaladizo suelo de pinotea desgastada. Es el rengo salón regio de céspedes límpidos, el hogar de los linajes.

30 «Galerías de arte, museos, performances en vivo, eventos musicales, exhibiciones de archivos filmicos, presentaciones de libros... ahí es adonde todos deberían estar yendo. Pronto nos estaremos preguntando: ¿no podemos hacerlo nosotros y ya?!»

—Intentando quizás en vano evitar los excesos de preguntas (¿retóricas?), procederé a empezar. ¿Empezar qué? ¿El relato de mi lapso? ¿Qué es la biología? ¿Cómo es que nos estamos organizando? ¿Estamos al servicio de la economía cuando en realidad la economía debería estar a nuestro servicio? ¿Quién o quiénes deciden, y por qué, y desde cuándo? ¿Y quiénes han sido silenciados o excluidos? ¿Qué tan distintas podrían ser las cosas? ¿El arte es deseable o hay que empobrecer a los artistas? ¿La ciencia es nuestra salvación o la Tercera Guerra Mundial? ¿Estoy pensando muy binariamente? ¿Qué es la mente? ¿Qué es el cuerpo? ¿Qué es la felicidad o la buena vida? ¿Qué es la justicia? ¿Qué es el poder? ¿Qué es la locura? ¿Qué es el conocimiento? ¿Qué es el miedo? ¿Existe Dios, y si existe por qué nos deja sufrir tanto? ¿Y si no puede hacer nada al respecto debe estar muy decepcionado? Las respuestas más célebres a estas y otras preguntas condicionarán las vivencias y permutas de las colectividades. Acá estamos; luchando por nuestra servidumbre como si se tratara de nuestra salvación (Gilles es un genio). Por poco no me resbalo enteramente. Caigo en la prosa, perlada, en esa hermana salvaje en tanto domada a regañadientes. Hay un halo trabajoso que zarpa a cada momento. Una intimidad de signos silenciosos, convulsamente reunidos en un reflujo no desechable, tan imperecedero como mi cuerpo, se auto-concede un trampolín con el que pega un salto que la lleva a dispersarse, quebrándose su integridad al tiempo que es depositada en una corriente lineal de grafemas negros. Suerte de descenso teofánico; ángulos raídos en la vagancia tras el quiebre del núcleo imperial. Nada de domos vidreados estallando. Nunca hay real abertura donde ya está todo abierto.

—Colocados en nuestro «ahí» sin previo aviso o acuerdo.

—El único santuario es la casona corpulenta en la que me resguardo de las precipitaciones, en la que duermo y sueño no siempre con el pecho oprimido. Las puertas de la locución derribo cuando invoco la ebria imbricación de las xolas holísticas, prístinas. Y mis sentimientos... no quiero que sean hegemónicos. Gracias a la vid... que me ha dado tanto... me ha dado las uvas.

—El conflicto de esta historia es su presencia ante sí misma.

—Los segmentos vacíos con los que te vas a encontrar mientras te buscás son los más importantes. Donde haya menos podrías descansar de lo que está lleno desde siempre.

—Nuestra moral es un truco de magia muy bien hecho. El problema aquí es que existimos y podemos hablar de *ello*. ¿Cómo se resuelve? Explicame.

—...no podría nunca empezar desde cero, intentando mediante una lengua explicar la misma lengua para luego dar paso al resto de la explicación.

No había despertado. O sí.

*

—Como desclasado en la percepción que de mí hago. Anoche mi ego degustó la nostalgia. ¿Quién era aquel hazmerreír que desde siempre le había susurrado a mi mente todas sus exquisitas potencialidades, alentándola a estimarse y elevarse hacia sus cumbres? Era yo mismo. ¿Y dónde está ahora esa porción y cuál ocupa su lugar en este momento? Sal de-

monio, sal. Pimienta. ¿Qué más podría agregar? Cilantro quizás. Y todas las cosas juntas en mi pupila.

*

Lo que ayer encontraba ha desaparecido. Naturalmente. Y me encuentro con algunas partes de tu cuerpo. Doble mano; un pie.

No estoy, por ejemplo, en el Pasaje Bogani. Estoy en la ruta que lleva al océano y entretanto cavilo y pienso y nunca dejo de especular si es que cruzo el puente más largo y mordaz... vivaz.

Dormido también hay un sentido, ¿invertido? Más bien revuelto. La casa de mi tía es el gimnasio o la Academia; un vaso enorme sin líquido. Gases nobles; y la nobleza viste seda escamosa. Allí el vecino propietario del suelo estrecho sobre el que se extiende la prórroga innata de su singularidad cualquier es el hermano incestuoso de los Reyes, magos impolutos. La hormiga reina: mi progenitora ya infértil; y la Pacha Mama un sable al que le falta filo pero que de todos modos podría arrancarme un ojo sin siquiera quitarme la vista ni el vestido; intacta la armadura blanda; y yo, bajo aquélla, una larva.

*

Quiero mantener a flote las sagas transcraneanas. No sé qué ocurre en el interín si habito únicamente el instante infante de un telar repetitivo.

Subyugable trabazón categorial en el seno de la atragantada contracción basal. Martirio nasal; animadversión radial. La cultura: una curtiembre. Los barrios: mataderos.

Los capilares soberanos explotan una y otra vez. (El ciclo de Empédocles y las matemáticas de la historia). El retorno de la ruptura y el retorno

del abrazo son las dos caras de la misma ronda errante. Empiezo de a poco a llegar al límite de mi pensamiento.

*

Sur. Sobredosis de árboles. El tramo del bosque me llama pero no ruge hasta la hora en que truena el viento mojado y sin balas de las letales. ¿Esto qué es? Vegetales altos, bien-olientes. Piedras que parecen dientes. O almohadones. El río turquesa. Cebada y cereza. El cuerpo vertiginoso. Cuando anda se cuida; hay muchas espinas. Subidas. Descalzo no alcanzo a persistir. Aves tal vez no enteradas de su venerado sitio en la clasificación rigurosa de las especies. Me quiero alejar yo también de los planos mundanos que rozan lo sagrado sin reparos; mucho descaro lejos del prado.

*

Un descubrimiento...: el significado de algún sufijo francés (*-ette?*). «Está repleto de pequeñas sorpresas», dice Διδάχος. Y yo pienso en el hombre de las cavernas ágrafas palpando con sus dedos la calvicie de una planta carnívora, el sapo viscoso y el fuego ennegrecedor; aventurado manoseo silvestre (pulgares entrometidos recolectan datos), ¡sumido en el glosario inorgánico y en la flora fáunica! Eones más tarde, el *fâneur* rioplatense desvela el sentido de una terminación gramatical, aprehende la rabia del pueblo y evade los balines caníferos.

Una caja de bombones.

Fotones.

*

El arte y la filosofía tienen en común que a ambos el utilitarista mirará con sospecha.

Epílogo

Una celebración del lenguaje poético y del pensamiento desenfrenado. Un gran sueño larguísimo, de los que duran demasiado.

Este libro recopila los escritos de un grupo de esquizofrénicos letrados que adoran juntarse a monologar; pasan días enteros debatiendo, escribiendo y estudiando el anonimato. Mucho les cuesta dejar de esparcir locuciones surreales.

Repertorio sonámbulo de sus escupitajos lexicales (épico noctambulismo amanuense, diagnosticado por la AASM).

*

«Es imperioso que todos los entes sintientes de esta locación se desahoguen y desentierren así sus penas.

Para afrontar este cambio erradicante de la evolución se aconseja limpiar la maraña infusora».

*

Estamos en esta obra como en la Tierra. Es todo lo mismo.

Personajes que, como cualquiera, están en algún lado, amarrados a algunas cosas y desoldados respecto de otras, en medio de ahumadas transacciones aunadas a humores. ¿Es similar el ancla de la nave hegemónica al desvarío de un atropello? ¿Absorben las aristas de la primera al sendero del segundo? Así son, preguntones. Con ansias de bailar sobre el barro devenido tormenta en la conceptualización.

Aquí algo de césped muy crecido, aunque ahora caído por las gotas que lo hunden como esos pies indiscretos, a veces atascados en los colo-

quios sobre los alcances de sus coreografías. Mucha cháchara. Adorada. Muy preparada. A lo mejor se podría inspeccionar su reverso o sus múltiples agujeros negros; extraer de allí el zumo de la revuelta y de... los hitos eminentes.

*

Por si no se entendió... viven en frente... digo... en mi mente (¿en mi frente?) ...*tubos de ensayo*.

